

CUENTOS VESPERTINOS

*completar
(19)*





EL ARBOL

(IMITACION DEL INGLES)

No hay en el mundo poema más bello
Que el árbol, cuya boca comprimida
Extrae, sedienta, su savia misteriosa
De la tierra dulcemente florida.

El árbol mira a Dios todos los días
Y sus brazos eleva en oración,
Y en su rica, abundosa cabellera
Las aves encuentran protección.

Yo quiero ser como el árbol, cuya frente
Lleva siempre levantada al cielo,
De los débiles amparo y protección
Y de los tristes fuente de consuelo.

Un poema cualquiera lo puede entretejer,
Pero un árbol, sólo Dios lo puede hacer.

ESPERANZA.

tela

CUENTOS VESPERTINOS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

6/1-

CUENTOS VESPERTINOS

Por
ARTURO S. MAXWELL

29.250

*"Dejad a los niños venir, y no se
lo estorbéis."*

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

CASA EDITORA SUDAMERICANA
FLORIDA, F. C. C. A.
BUENOS AIRES, REP. ARGENTINA

132X190

DONACION
DE

100 Exp. de
Bibliotecas
Niños

(26)

CONTENIDO

	Pág.
El Naufragio	7
Las dos Luisitas	11
El Regalo de Corina	17
El Pastel Huevo	21
El Secreto de Alberto	27
Travieso	34
Dorita la Soñadora	39
Margarita la Curiosa	43
Un Salvamento en Aeroplano	51
Lito el Desdichado	56
La Señorita "Ya lo Sé"	63
"Ecos"	69
"¡Danos un Pan Entero!"	73
Decidlo Todo a Vuestra Madre	77
El Viajero Clandestino	82
Jesús Comprendió	86
¿Quién Era Jesús?	89
El Leproso Errante	95
Los Ciegos de Jericó	99
Los Nueve Ingratos	104
La Niñita que se Durmió	107
El Muchacho que se Fué de su Casa	110
Jesús y los Niños	117
Atacado por Ladrones	119
Jesús Vendrá Otra vez	125

PREFACIO

CUENTAME un cuento, mamá!" ; "Léeme alguna cosa esta noche, papito!" ; Cuán a menudo nos vemos asediados por estas súplicas! Y ; cuán a menudo también ellas nos han tomado desprevenidos, simplemente porque no recordamos nada que podríamos contarles o leerles!

Es cierto que abundan los libros de cuentos para niños, pero, ; cuán pocos son los que hayan sido escritos especialmente para favorecer el desarrollo de la vida moral de la infancia!

Con el propósito de suplir esta falta, se ha preparado este librito. Los cuentos que contiene son sencillos, pero reales, y cada uno de ellos tiene por fin enseñar alguna lección moral.

Naturalmente que en un libro de este tamaño es imposible proveer a las necesidades de toda edad y mentalidad. Algunos niños de siete años tienen el juicio mucho más maduro que otros de diez. La educación, el ambiente y el temperamento desempeñan gran papel en producir esta diferencia. Hemos tratado de complacer y ayudar a cuantos niños nos ha sido posible. Hay cuentos para todas las edades.

Que estas historias constituyan una ayuda para los padres y una bendición para muchos niños es el ardiente deseo de

EL AUTOR.



Hoy, en caso de peligro, los barcos envían pedidos de socorro por radiotelefonía, y todos los buques que se hallan dentro de cierto radio pueden acudir en su auxilio.



El Naufragio

Historia Verídica

Auxilio! ¡Nos hundimos!" En medio de las aguas del océano Pacífico, una pequeña embarcación llamada "Elena B. Sterling" luchaba por mantenerse a flote frente a una furiosa tempestad. Olas altas como montañas barrían la cubierta. El agua entraba en la bodega, y parecía imposible que el vaporcito pudiese resistir mucho más.

Entrando en su casilla radiotelegráfica, el capitán mandó una súplica de auxilio. Pudiera ser que alguien la oyera, aunque había pocas esperanzas, porque el vapor se hallaba a centenares de kilómetros de tierra, y, en cuanto el capitán supiese, no debía haber ningún otro buque bastante cerca para oír el llamado.

La furia de la tormenta crecía, y pronto los valientes marineros se dieron cuenta de que se aproximaba su última hora. Se envió un nuevo mensaje: "¡Auxilio!"

A cientos de kilómetros más lejos, el buque de guerra inglés "Melbourne" navegaba en dirección a Australia. De pronto le llegó desde el aire el desesperado mensaje del "Elena B.

Sterling." Inmediatamente el gran buque de guerra cambió de rumbo, y a toda velocidad fué al encuentro del vapor náufrago.

Las horas pasaban, y el "Sterling," azotado por las inmensas olas, se hundía rápidamente. ¿Llegaría a tiempo el "Melbourne"?

Parecía imposible. Entrando de nuevo en la casilla, el capitán mandó este mensaje:

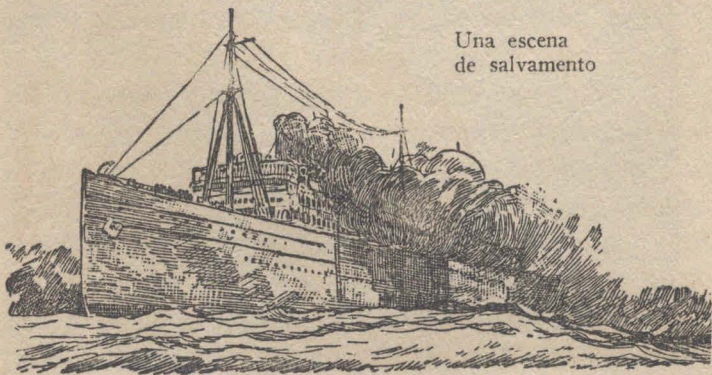
"No aguantamos una hora más. Las olas nos barren. Preparamos los botes, pero imposible resistir en este mar. ¡Adiós!"

Entonces, del capitán del "Melbourne" llegó este hermoso mensaje alentador:

"Estamos seguros de alcanzarlos. ¡Animo!"

El capitán del "Melbourne" cumplió su palabra. Cuando el "Sterling" estaba por desaparecer, el gran buque de guerra se puso a su lado y después de valientes esfuerzos, se logró transportar en salvo a su bordo a los náufragos.

Una escena
de salvamento



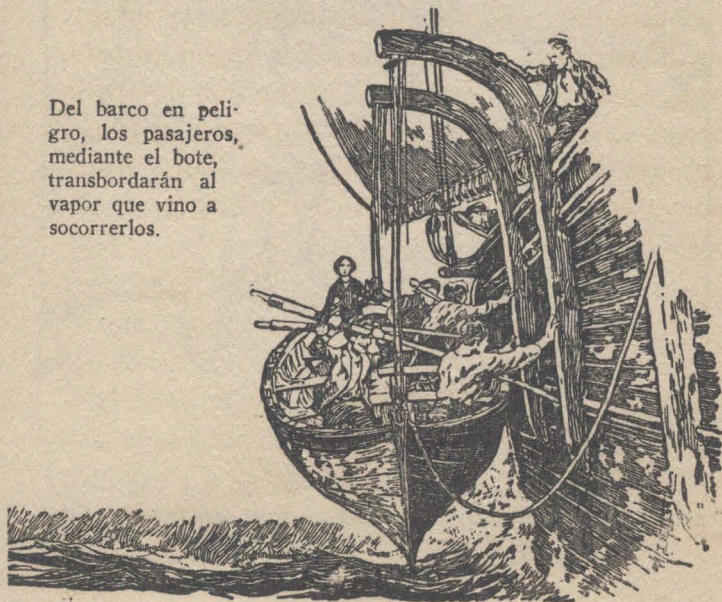
Hay niños y niñas que se parecen al vapor "Sterling." Quieren ser buenos, y luchan contra lo que saben que es malo. Pero las tormentas de la tentación llegan, y parece imposible resistirlas.

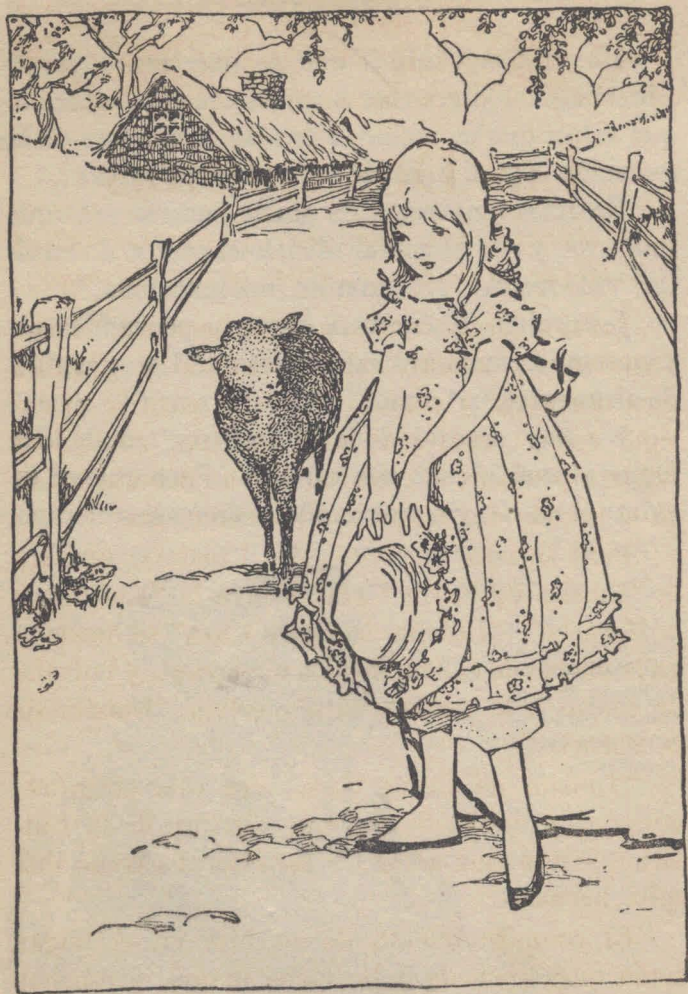
En tales momentos no puede hacerse más que una cosa, y ella es enviar al cielo el pedido de auxilio: "Me hundo. No aguanto una hora más."

Jesús oirá. El entiende nuestros pensamientos, y en seguida mandará su respuesta: "Estoy seguro de alcanzarte. ¡Animo!"

No hay necesidad de "hundirse," ni de dar lugar al mal. Jesús nos salvará. Pero cuidad de evitar el naufragio mandando el llamado a tiempo.

Del barco en peligro, los pasajeros, mediante el bote, transbordarán al vapor que vino a socorrerlos.





La Luisita que uno veía afuera parecía una niña muy hermosa. Era amable y cortés con todos.



Las Dos Luisitas

Cómo Aprendió una Niña que el Comportamiento en el Hogar ha de Ser el Mismo que en Sociedad

Luisita Drago era una niña hermosa. Tenía abundante y sedoso cabello castaño y grandes ojos oscuros, y cuando se vestía para ir al colegio con el uniforme azul marino, cualquiera hubiera pensado, al mirarla, que no debería haber en el mundo dos niñas bonitas como ella.

Pero sucedía que había dos Luisitas: una era la “Luisita de Entre Casa” y otra la “Luisita de la Escuela.” “Luisita de Entre Casa” se quedaba en la puerta de calle todos los mediodías, y entraba de nuevo a la tarde, cuando volvía “Luisita de la Escuela.”

“Luisita de Entre Casa” era una chica rezongona y desobediente, muy distinta de la Luisita que uno veía afuera y consideraba como una niña hermosa.

El comportamiento de su hija en el hogar tenía muy apenada a la buena mamá, y muchas veces hasta la hacía llorar. Pero, ¿qué podía ella hacer? Se puso a pensar, y al fin dió con un plan.

Luisita quería mucho a su maestra. En rea-

lidad, por el modo en que se portaba, parecía querer más a su maestra que a su propia mamá. Le gustaba llevarle flores y otras cosas lindas para mostrarle su afecto y, por supuesto, la maestra, viendo sólo a "Luisita de la Escuela," pensaba que debía ser una niña muy buena.

Un día, "Luisita de la Escuela" llegó a su casa, y como siempre, se transformó de repente, en la puerta de calle, en "Luisita de Entre Casa." Cuando hubo entrado, la mamá la llamó y le dijo:

—¿No quisieras ir a la tienda a comprarme unas cosas, Luisita?

—No, no tengo ganas; estoy cansada—respondió secamente "Luisita de Entre Casa."

Sin embargo, al fin se decidió a ir, aunque protestando. Mientras ella estaba ausente, llegó una visita a ver a la Sra. Drago, y siendo introducida en la sala, se sentó en un ángulo que quedaba un poco escondido.

Luisita volvió.

—Aquí tienes tus fastidiosos paquetes—dijo a su madre, tirándolos sobre una mesa.—Ahora me voy a jugar.

—Pero mamá está cansada. ¿No quieres ayudarle a terminar el quehacer?

—No, no quiero.

—Aunque sea, pon la mesa para la cena.

—No quiero tampoco.

Para todas las niñas,
debiera ser un placer
ayudar a su mamá.



—Pero tienes que hacer algo para ayudarle a mamá. Pon la mesa, por favor, Luisita.

—No hay cosa que aborrezca más que poner la mesa —dijo Luisita, dando un portazo y con una cara que daba susto.

Rezongando sacó el mantel del cajón y lo extendió de mal modo. Después sacó los cuchillos y tenedores, los desparramó entre los platos más necesarios y se preparó para salir.

La mamá miraba disgustada, pero no dijo nada hasta que Luisita estaba por irse. Entonces la llamó:

—Luisita, tenemos una visita a cenar con nosotros esta noche. Puedes llamarla. Está en la sala.

Luisita se puso pálida. Al mirar, notó que la puerta de la sala estaba entreabierta.

—Pero, mamita . . .—había cambiado completamente de tono,—la mesa no está puesta como para visitas.

—No, pero está puesta para que coma mamá

—Pero, mamita, me gustaría arreglarla mejor.

—No hay tiempo ahora. No tenemos que hacer esperar más a nuestra visita. ¿Quieres llamarla?

Pálida y un poco temblorosa, Luisita fué a la sala.

—Dice mamá si no quisiera . . .

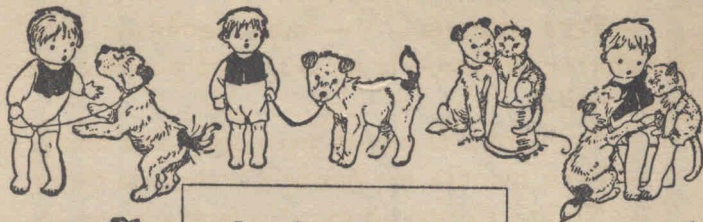
Se detuvo de repente. ¡Era su maestra!

—Oh, señorita, ¿Vd. oyó todo lo que yo he estado diciendo? Perdó . . . ne . . . me . . .—y se echó a llorar.

—¡Si supieras cuán triste estoy de pensar que mi querida Luisita no es la misma en su casa que en la escuela!—dijo la maestra.

—Me da vergüenza haberme portado así—sollozó Luisita.—Nunca más lo voy a hacer.

Y así fué. Luisita nunca más se portó mal, porque pensaba que tal vez pudiese haber alguien escuchándola desde la sala. Y su mamá le recuerda siempre que si no la oye una persona real, por lo menos Dios ve siempre desde el cielo la manera en que se conduce.



Los Dos Amigos

Los mejores amigos en el mundo,
Somos mi perro y yo;
Nos divertimos y corremos juntos,
Mi buen perrito y yo.

Cuando corro volviendo de la
escuela,
El me sale a encontrar
Saltando, como si buenas nuevas,
Me viniera ya a dar.

En sus ingenuos ojos se retrata
Todo su amor por mí.
Nunca me engaña ni hay quien lo
tiente
A alejarse de mí.

Y aunque no pueda hablar cual los
humanos,
Tengo la convicción
De que piensa y siente como un
hombre
De muy buen corazón.





Corina pensaba que no había en el mundo muñeca más linda que la suya.

El Regalo de Corina

*Historia de Dos Niñas
y una Muñeca*

—Querida muñequita—dijo cariñosamente Corina, mientras acostaba a Elisa en el cochecito forrado de hule rosa y la tapaba con la colchita de encaje:—no ha de haber en el mundo otra muñeca más linda que tú.

Elisa no contestó, pero se quedó serenamente recostada en la blanca funda y cerró los ojos como si estuviese enteramente contenta de su suerte.

—Vamos a dar un paseíto, Elisa—dijo Corina, y cerrando el zaguán de su casa empezó a andar, empujando su preciosa carga.

—Elisa—volvió a decir Corina con severidad, —quiero que te portes bien mientras paseamos; y ya sabes que si lloras, no hay caramelos.

No es necesario decir que Elisa no lloró y que, además, se portó como pocos bebés suelen hacerlo.

Corina gozó mucho del paseo, sintiéndose orgullosa como toda niña que va de paseo sola con su cochecito y su muñeca.

Al llegar al final de la calle, se encontró con una niñita pobre que llevaba en sus brazos la muñeca más sucia y rota que ella hubiese visto.

—Elisita—murmuró Corina,—me alegro de que no estés tan sucia y rotosa como esa muñeca.

Pero la niña pobre parecía amar a su rota y sucia muñequita tanto como Corina a Elisa. La apretaba contra su pecho y le decía que era la más linda del mundo.

En el momento en que la niñita pobre empezaba a cruzar la calle, un auto dobló la esquina. La niña corrió para pasar antes que él, pero en el apuro se le cayó la preciosa muñeca, y al pasar, el auto la hizo pedazos.

La niñita pobre rompió a llorar al ver el triste fin de su muñeca. Era la única que había tenido en su vida.

La cariñosa Corina se sintió conmovida por el cuadro. ¿Qué podía hacer? No había nadie cerca y por tanto, ella era la única que podía consolar a la niñita pobre. Corriendo a su lado, la abrazó y le dijo que no llorara. Pero la pobre niña no podía callarse.

Corina miró su cochecito y pensó en su querida Elisa. ¿Podría . . . podría . . . ?

—Pobre niña—dijo,—no llores más. Yo te regalo mi muñeca Elisa. Es la más linda que hay en el mundo, y estoy segura que te vas a sentir contenta de tenerla.

Dando a Elisa un último abrazo y un beso, se la dió a la niñita pobre, que no podía creer lo que veían sus ojos.

—¿Es para mí?—dijo—¿es para mí?

—Sí—dijo Corina,—es tuya. Guárdala.

Y Corina se volvió a su casa tan rápido como podía empujar su cochecito, antes de que se le ocurriese cambiar de idea. Luego se sentó en el umbral, pensando en lo que había sucedido y contemplando con los ojos llenos de lágrimas el cochecito vacío.

Pero alguien había presenciado la escena. Mirando por la ventana de un primer piso, había una señora rica que se quedó encantada del proceder de Corina. Pocos días después, esa misma señora fué a la casa de Corina con un paquete largo en los brazos. Dijo que era una muñeca nueva para una niña que había regalado la suya.

Corina estaba loca de contenta, y dijo que seguramente era Dios quien le había mandado un regalo tan hermoso. Su mamá también pensaba así.

Corina llamó a su nueva muñeca Felisa, para que le recordase la otra que había querido tanto.

Esa noche Roberto permaneció despierto
largo rato, pensativo y con dolor de estó-
mago.





El Pastel Hueco

Una Buena Lección

Roberto tenía el feo hábito de siempre elegirse las cosas mejores y más grandes.

Sus hermanos Carlos y Teodoro le daban toda clase de sobrenombres porque hacía eso, pero a él no le importaba.

La mamá estaba preocupada, especialmente porque Roberto la hacía quedar mal cuando lo invitaban a alguna fiestita. Pensando y pensando qué hacer para corregir la fea costumbre de su hijo, la señora fué a ver a una hermana suya que vivía en la otra cuadra.

Pocos días más tarde los chicos tuvieron la gran alegría de recibir una invitación de la tía para una pequeña fiestita. Se acordaban de los lindos juegos que habían hecho y con cuántas cosas buenas los había convidado la tía otras veces, así que esperaban ansiosos el día del convite.

Al fin ese día llegó, y después de pasar la tarde en una variedad de juegos con sus correspondientes premios y "prendas," llegó también la hora

(21)

de la merienda (que Roberto había deseado tanto).

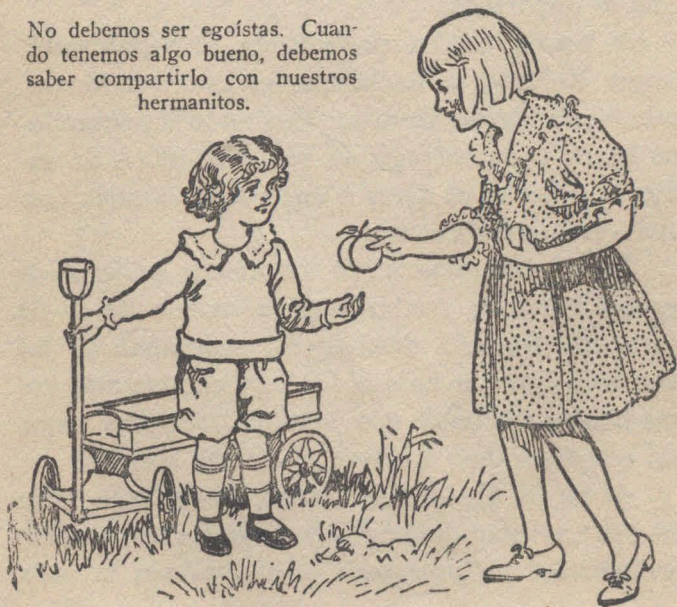
dulces, chokolatines y otras cosas parecidas. Ro-

La mesa estaba llena de pasteles, frutas, tortas, berto recorrió con la vista aquel montón de fuentes tentadoras y pensó: "¡Si todo esto fuera mío!"

Observó una magnífica pera que había en la frutera. Era una de las más grandes que hubiese visto. Y decidió apoderarse de ella en algún momento oportuno. También pasó revista a las otras fuentes, y eligió de antemano lo que se serviría cuando le tocase su turno.

Poco después la tía llamó al comedor, y los

No debemos ser egoístas. Cuando tenemos algo bueno, debemos saber compartirlo con nuestros hermanitos.



pequeños comensales empezaron a regalarsé con las golosinas. Se pasaron los pasteles. Carlos, el hermano de Roberto, y Ernesto Llanos, se sirvieron unos chicos y los abrieron. "Qué rico ha de ser lo que tienen adentro!—pensó Roberto. —¡Si pudiera agarrar aquel grande!"



Carlos, que estaba enterado de todo

Al fin le llegó su turno. El pastel grande estaba todavía en la fuente, y, por supuesto, se apoderó de él con gozo.

Pero le esperaba un desengaño. Mientras lo estaba abriendo, el pastel se le deshizo. ¡Estaba vacío!

¡Pobre Roberto! Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero como nadie parecía haber notado lo sucedido, se comió la costra con todo el valor que pudo reunir, y no dijo nada.

Se pasó la torta. A Roberto le parecía justificado servirse el pedazo más grande esta vez, siendo que le había tocado un pastel vacío.

Pero a su pedazo de torta también le había pasado algo. En los bordes estaba bueno, pero el centro era amargo. "¿Qué puede haber sucedido?" pensó Roberto. La tía era generalmente una buena cocinera. Y además, a ningún otro pa-

recía pasarle nada con las cosas que comía. Eso no era justo, pensaba Roberto, pero no se animaba a decir nada por temor a que los demás se rieran de él.

Llegó la fruta. ¡Cuán agradecido se sintió Roberto de que la frutera se pasase primero por el lado donde él estaba! Estaba seguro de que a Mario Ramos le gustaba esa pera; pero de cualquier modo, él la elegiría primero.

Cuando la frutera llegó hasta él, introdujo una mano en el medio de la pila de frutas. Naranjas y manzanas se desparramaron en todas direcciones, para consternación de su mamá. Pero Roberto consiguió su pera.

Sus dientes estuvieron bien ocupados, pero ¡oh! de nuevo le había ocurrido algo. Tomando un cuchillo, Roberto cortó la pera en dos. Para gran disgusto suyo, halló que el centro estaba feo.

Nadie parecía notar aún los apuros de Roberto, y a nadie le pasó nada que remediara sus desventuras. Más bien todos los demás parecían estar contentos a más no poder.

Se pasaron los chocolatines, y para entonces Roberto estaba ya desesperándose. "Voy a recuperar el tiempo perdido comiendo estos chocolates grandes que hay en el centro de la fuente," se dijo, mientras sacaba los dos mejores.

—¡Ay!—gimió Roberto interiormente, y ru-

borizándose por el chasco.—¡Qué gusto horrible!

Después de tragar uno con dificultad, probó el otro, “para ver otra vez qué gusto tenía,” y halló que era peor.

En camino a casa, Carlos le elogió a Roberto la espléndida merienda que habían tenido.

—¿Dices que era espléndida?—contestó Roberto.

—Me pareció que no te divertías mucho—dijo Carlos;—noté que no estabas a gusto. ¿Qué te pasaba?

—¿Que qué me pasaba?—dijo Roberto.—Todo lo que me servía estaba feo, aunque siempre agarraba lo que tenía mejor vista.

—Puede ser que ésa haya sido la causa de lo que te ha pasado, Roberto—dijo Carlos, que estaba enterado de todo.—Si yo fuera tú, dejaría las cosas más grandes y de mejor vista para algún otro la próxima vez.

Esa noche Roberto permaneció despierto largo rato. Tenía para ello dos razones. Una era cierto dolor que sentía bajo su saquito pijama, y la otra, la advertencia que Carlos le había hecho. Y juntando ambas en su mente, decidió finalmente que la conducta más segura y mejor que podría observar en adelante, era seguir la sugestión de Carlos.

EL SECRETO

—Me gustaría ser pirata—
dijo Alberto.—A veces estoy
tan aburrido que desearía hacer
algo que llame la atención.

*o la Sociedad
Fundada por*

—Tienes razón—dijo Rosita;—a mí también
me gustaría encontrar algo grande que hacer.

Era un día de las vacaciones de invierno. La
escuela se había cerrado por quince días y los chi-
cos estaban cansados de sus juegos. Querían algo
nuevo.

—Pero piratas no podemos ser—dijo Rosita—
porque entonces pronto nos llevarían presos.

—No, yo lo decía en broma; pero entonces,
¿qué podríamos hacer para divertirnos?

—Pensemos un poco.

Así que se pusieron a
pensar. Ninguno de los
dos habló por unos minu-
tos. Y entonces Alberto
se puso de pie de un salto,
y dijo:

—¡Ya sé! Hagamos
la Sociedad de las Sor-
presas. Yo soy el presi-
dente y tú, Rosita, . . . po-
drías hacerme de secre-
taria.



DE ALBERTO

de las Sorpresas dos Niños

—¡Qué lindo, Berto!—
dijo Rosita, deseosa de ha-
cer cualquier cosa que propu-
siera su hermanito mayor.—

Pero, ¿qué tenemos que hacer?

—Pues, darle sorpresas a la gente.

—¿Qué clase de sorpresas?

—Ah, buenas, por supuesto—dijo Alberto.—
Debemos ver qué personas necesitan ayuda, y
luego hacer que se pregunten quién puede haberles
ayudado. Me parece que así no nos va a quedar
tiempo para aburrirnos.

—¡Qué buena idea!—dijo Rosita;—¿qué va-
mos a hacer primero? Empecemos pronto.

—Bueno. Yo voy a
hacer una lista de cosas
y después elegimos por
cuál empezar.

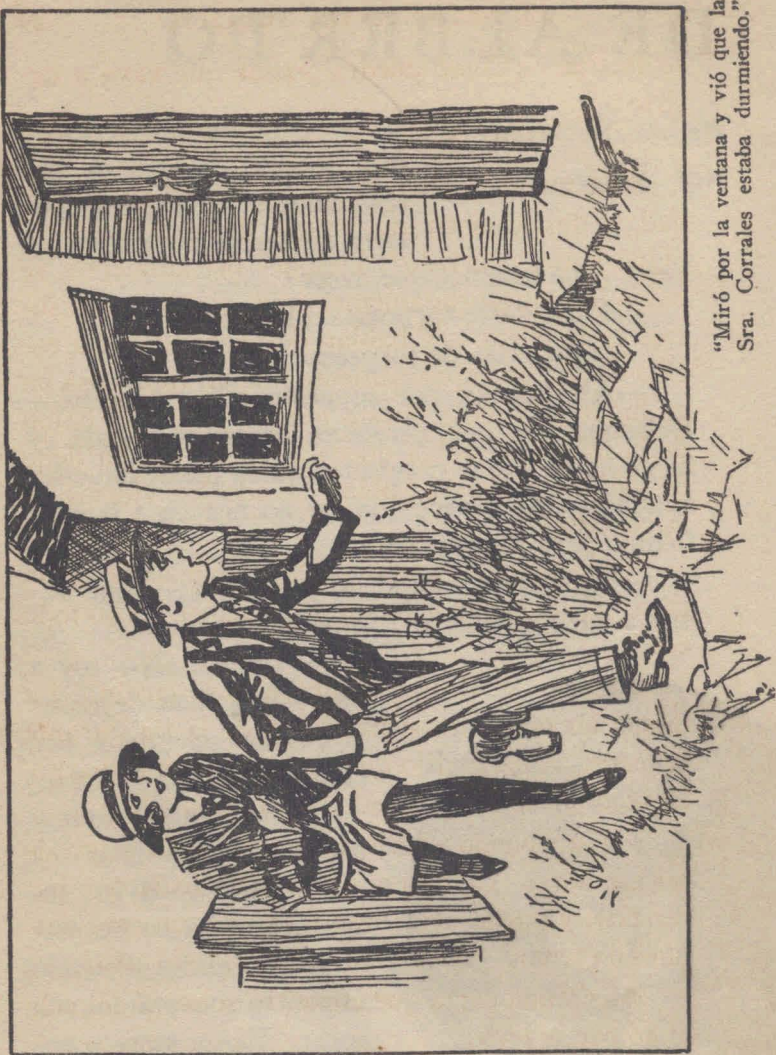
Alberto buscó lápiz y
papel, e hizo su lista.

—Ahora—dijo so-
lemnemente a su herma-
nita,—no andes diciendo
a todos lo que estamos por
hacer. Es un secreto en-
tre nosotros dos.

—Pero, es claro—di-

(27)





"Miró por la ventana y vió que la
Sra. Corrales estaba durmiendo."

jo Rosita.—¡Cómo puedes pensar que vaya a decirlo!

* * * * *

Esa tarde, cuando la mamá volvió de la ciudad, se dejó caer en una butaca, llena de asombro. ¿Qué había ocurrido? Después del almuerzo, se había ido apresuradamente, dejando los platos sucios en la pileta. ¡Y habían desaparecido! La cocina estaba escrupulosamente limpia, cada cosa en su lugar y la mesa puesta para la cena. El cajón de la leña, que había quedado vacío, estaba lleno de astillas y ¡hasta habían lavado los vidrios de la ventana!

Todo estaba tranquilo. No había nadie en la casa. ¿Qué buena persona podía haber hecho todo eso?

Alberto y Rosita vinieron del jardín. La mamá les preguntó si había estado la tía durante la tarde. Alberto dijo que no. Pero, sin embargo, alguien debía haber estado trabajando allí.

—Está bueno —dijo la mamá.—No salgo de mi asombro. Ya no me queda más nada que hacer hoy, y puedo descansar tranquila un rato después de cenar. ¿Quién habrá hecho todo esto?

Abrió una carta que encontró sobre el felpudo al entrar, y leyó:

“La Sociedad de las Sorpresas estuvo a verla esta tarde para tratar un asuntito.”

—Quisiera saber quiénes son—dijo la mamá.

—Yo también—dijo Alberto.

—¿Vamos a cenar?—dijo Rosita.

Y así lo hicieron.

* * * * *

A la mañana siguiente, podía verse a dos niños dirigirse a la casita de la Sra. Corrales, una pobre anciana postrada de quien nadie se ocupaba.

El muchacho, que llevaba algo con todo cuidado en la mano derecha, llamó suavemente a la puerta. No hubo respuesta. Miró por la ventana, y vió que la Sra. Corrales estaba durmiendo. Con todo cuidado abrió la puerta y entraron él y su hermanita. De puntillas atravesaron la pieza, y entonces el niño puso un paquete que llevaba sobre la mesa de luz de la anciana, y salió de nuevo. La niñita estaba tan nerviosa que tropezó al llegar a la puerta.

—Rosita, ten cuidado—le advirtió el niño.

El ruido despertó a la viejecita.

—¿Quién anda ahí?—exclamó.

Pero la puerta se había cerrado ya, y los dos niños se alejaban tan rápidamente como se lo permitían sus piernas.

La Sra. Corrales abrió el paquete y halló en él tres huevos.

—¡Qué bien me vienen!—se dijo.—Pero, ¿quién los habrá traído?

Mirando el papel en que venían, leyó: "Con un cariñoso saludo de la Sociedad de las Sorpresas."

* * * * *

Tito Fraser, un condiscípulo de Alberto, estaba enfermo de sarampión. Por supuesto, tenía que quedarse en su pieza y estaba muy triste. Desde su cama veía un pedazo de jardín, rodeado por un alto cerco de madera.

Una tarde estaba mirando por la ventana, cuando repentinamente vió aparecer por encima del cerco y caer sobre el césped, una caja cuadrada, sostenida por una cuerda fuerte.

—Mamá, pronto— llamó.—Ve a ver qué es lo que hay en el jardín.

La mamá, sorprendida, fué a buscar el paquete y Tito lo abrió. Adentro había cuatro paquetes más chicos. En uno decía: "Abrelo el lunes;" en el segundo, "Abrelo el miércoles;" en el tercero, "Abrelo el viernes," y en el cuarto "Abrelo el domingo."



"No pichicho, hoy no tengo ganas de jugar."

Cuando llegó el lunes, Tito abrió el primer paquete. Era una caja de pinturas. ¡Lo que él había deseado tanto! Tito recordaba haber visto esa caja en alguna parte, pero no se acordaba dónde. Dentro de la caja estaban las palabras: "Con los mejores deseos de la Sociedad de las Sorpresas."

—¿Qué será esto?

Nadie lo sabía.

* * * * *

En una ocasión, la Sociedad de las Sorpresas fué descubierta.

Alberto y Rosita hacían una segunda visita a la Sra. Corrales. Esta vez habían llevado algunas flores junto con los huevos. Entraron sin hacer ruido, pusieron sus regalos sobre la mesita, y salieron.

Los niños estaban tan ansiosos por entrar y salir sin que la anciana se despertara, que no notaron la presencia de un señor que estaba sentado en una pieza inmediata. Era el médico.

Apenas se hubo cerrado la puerta tras los niños, él fué hasta la mesita, abrió el paquete y leyó la nota: "Con todo cariño, de la Sociedad de las Sorpresas."

—Esto me explica lo que me ha estado contando esta anciana—dijo.—Y ahora entiendo también lo que me refirió ayer Tito Fraser.

Y esto explica también cómo fué que unos días después llegó a la casa de Alberto y Rosita una carta dirigida a la Sociedad de las Sorpresas y conteniendo una invitación para ir a pasar la tarde en la casa del Dr. Sordelli.

Fué una tarde memorable la que los niños pasaron en casa del médico, y antes de irse recibieron dos paquetes de sorpresa en recompensa de todos los que ellos habían regalado.

Por supuesto, los chicos no sabían cómo podía haberse enterado el doctor de su secreto, y él no quiso decir una palabra. Era un misterio delicioso. Alberto y Rosita estaban felicísimos. Alberto dijo que eso era mucho mejor que ser piratas.



TRAVIESO

Historia de un Cachorro

—Papito, ven a ver lo que encontramos en el jardín.

Julio y Marta sacaron a la fuerza a su padre del escritorio y lo llevaron a la cocina para mostrarle un lindo cachorrito que jugueteaba y retozaba contento.

—Déjanos guardarlo, papito—dijo Julio,—es tan chiquito, y necesita un hogar.

—Pero yo he conseguido dos cachorritos ya—dijo el padre, mirando a Julio y Marta—y es mucho gasto tener otro más.

—¡Oh, pero es tan chiquito!—dijo Marta.—No ha de costar mucho criarlo.

—Pero tal vez sea de alguien—dijo papá, quien, en realidad, no tenía la menor simpatía por el perrito.

—Les hemos preguntado a todos los vecinos, y nadie sabe de dónde ha venido.

—Bueno, ténganlo una semana—dijo el papá, pensando que los chicos se habrían cansado de él al cabo de ese tiempo.

¡Qué lindo! ¡Podían guardarlo! ¡Era de ellos!

En ese momento el cachorro dió contra la jarra de leche que Marta había dejado en el suelo junto a un platillo, y un momento después corría por el piso un río blanco que el perrito se esforzaba por enjugar tan rápido como se lo permitía el movimiento de su lengua.

—¡Qué travieso!—dijo Julio.—Pero no lo va a hacer otra vez.

—No, ¿y qué mejor nombre para ponerle que Travieso? Llamémoslo así—dijo Marta.

Y Travieso le quedó.

Transcurrieron semanas, y los niños se encariñaban cada vez más con su mimado.

Travieso creció pronto, y llegó a formar parte de la familia tanto como los niños mismos, aun-





"Una noche, . . . después que todos se hubieron acostado . . ."

que papá nunca pareció reconciliarse con la idea de admitir un perro vagabundo en el círculo de la familia.

Una noche, largo rato después de que todos se hubieron acostado, Travieso que se alojaba provisoriamente en la antecocina, empezó a sentirse inquieto. De la cocina salía un olor extraño y sofocante, que él nunca había sentido antes. Le pareció que lo mejor era llamar a su buen amo, por si sucediera algo.

¡Guau! ¡Guau! No hubo respuesta.

El humo se hacía más denso, y Travieso, pensando que si no ladraba entonces, la garganta le ardería tanto que no podría hacerlo más, ladró de nuevo.

¡Guau! ¡Guau! El Sr. Rocha se despertó.

—¿Por qué se le ocurrirá a este perro ladrar para despertarnos a media noche? ¡Qué mal momento tuve al dejárselo adoptar a los chicos!

¡Guau! ¡Guau! El Sr. Rocha se levantó.

—¿Qué es esto?—dijo.—
Siento olor a madera quemada.

Se lanzó fuera de la pieza y halló que la cocina estaba incendiándose y llena de humo.

Corrió a la canilla y empezó a llenar y tirar a las llamas balde tras balde de agua. Poco después el fuego se había apagado; pero había llegado justo a tiempo.

A la mañana, Travieso recibió un desayuno como nunca había imaginado en sus descabellados sueños de cachorro. En cuanto a Julio y Marta, su cariño hacia él no tuvo ya límites. Papá fué hasta decir que de no haber



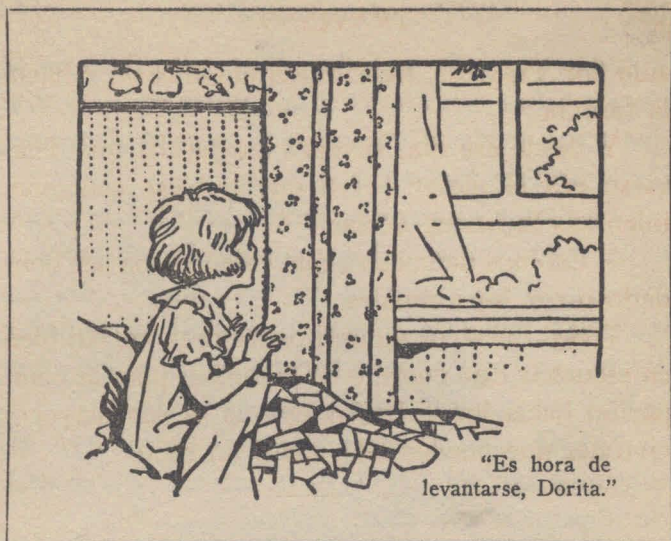
Debemos ser compasivos
con los animales.

sido por Travieso, habría perdido la casa, y hasta la familia.

Y desde ese día, siempre aseguraba que Travieso era el mejor perro que hubiese conocido, mientras la mamá decía:

—Eso nos demuestra que vale la pena ser bondadoso con los animales.

Todos nuestros amiguitos lectores harían bien en escuchar este consejo de la mamá, pues la compasión hacia los animales es una de las mayores virtudes que pueden adornar a un niño.



Dorita la Soñadora

Cómo Aprendió a Levantarse Temprano

—Es hora de levantarse, Dorita—llamó la mamá;—vas a llegar tarde a la escuela.

Dora refunfuñó, se dió vuelta, murmuró: “Sí, mamá,” y se quedó soñando con sus muñecas y la camita que su papá le había prometido hacerle para la próxima Navidad.

Pasaron cinco minutos. Y la mamá llamó de nuevo:

—Dorita, ¿no oyes que te llamo? Levántate en seguida, si no quieres que vaya yo.

Esto tuvo su efecto para despertar a Dorita

y hacer que saliera de la cama; pero después se puso a soñar con tantas cosas mientras se vestía, que tomó tarde el desayuno y, por consiguiente, llegó también tarde a la escuela.

La mamá estaba disgustada. No hubiera sido nada si Dorita se hubiese conducido así ese solo día. Igual cosa ocurría día tras día. Todas las mañanas había la misma dificultad para hacer levantar a Dorita, para hacerle tomar el café con leche y, en general, para todas las cosas.

“¿Qué podría hacer?—pensó la mamá.—Si continúa así, mi hijita va a ser una perezosa.” Se le ocurrió una idea.

A la mañana siguiente llamó a Dorita como siempre. Pero ella no contestó. Así que la dejó soñar, y se puso a hacer el trabajo de la mañana.

A eso de las diez sintió decir a Dorita:

—Mamá, tengo hambre. ¿Me das el café con leche?

—¿Me pides el café ahora?—exclamó la mamá como extrañada.—Nosotros ya lo tomamos hace rato. Es casi hora de almorzar.

Dorita se puso a llorar.

—¡Tengo tanta hambre!

Pero la mamá se mantuvo firme, como deben hacerlo todas las mamás, y dijo a Dorita que en adelante habría una hora fija para tomar el café, y que si no estaba lista para entonces, se quedaría en ayunas.



"Mamá, tengo hambre. ¿Me das el café con leche?"

Bien; a la mañana siguiente, Dorita se levantó otra vez tarde, y de nuevo se quedó sin café con leche, pero llegó a la escuela casi a tiempo.

A la otra mañana volvió a levantarse tarde. Parecía haber olvidado muy pronto la advertencia de su madre.

"¿Cómo podré corregirla?" se preguntaba la mamá.

Y entonces se le ocurrió otro plan.

—Dorita—dijo,—todas las mañanas pareces estar tan cansada, que he pensado que lo mejor será que te acuestes más temprano. De hoy en adelante te irás a la cama cuando yo acueste al nene.

—Pero yo no soy una nena—dijo Dorita.

—Lo sé—respondió la mamá,—pero por la manera que te portas todas las mañanas, parecería que lo fueras. En realidad, el chiquito no es ni la mitad de dormilón que tú.

Así que esa noche Dorita se acostó al mismo tiempo que el nene, a las 6:30 de la tarde. ¡Pobre Dora! Se durmió llorando, pero a la otra mañana se despertó bien temprano, y tomó su café con leche contenta como un pajarito.

La mamá había descubierto al fin el secreto. Dorita no era en realidad perezosa, sino que estaba cansada. Después de esto, siempre se iba a dormir mucho más temprano que antes, y nunca más se quedó sin café con leche ni llegó tarde a la escuela.

Margarita la Curiosa

*Y lo que le Sucedió a su
Bizcochuelo Bañado*

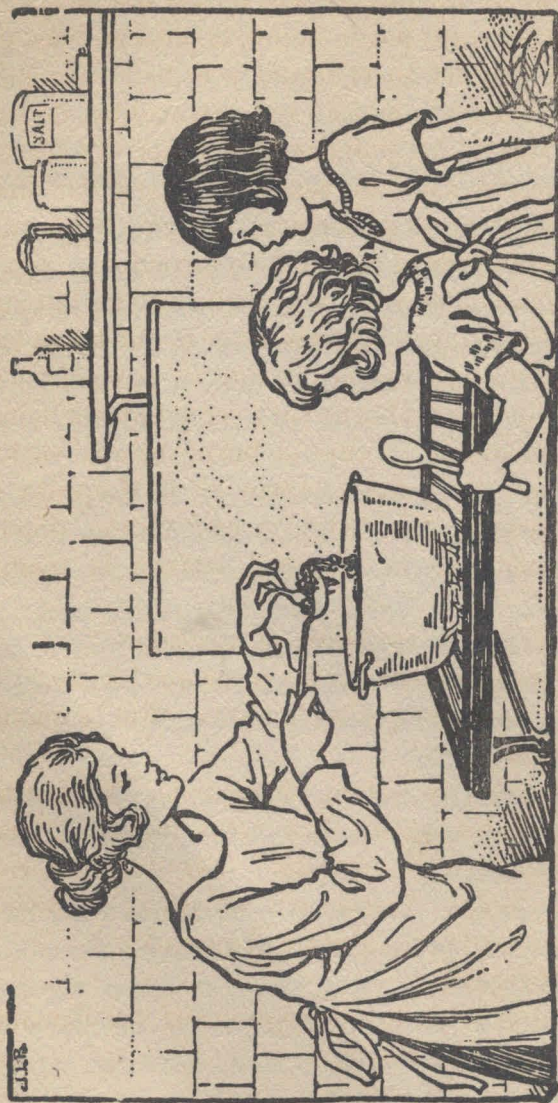
La pequeña Margarita Arregui era en muchos sentidos igual a otras niñas de su edad. Pero quienes la conocían bien estaban enterados de que había una cosa que la distinguía de las demás, y era ésta: las otras niñas de ocho años son muy curiosas, pero Margarita parecía serlo más que ninguna otra.

Una tarde, durante las fiestas de fin de año, Margarita estaba ayudando a su mamá en la cocina. Siempre le gustaba hacer trabajos de cocina.

Esa tarde en particular, Margarita parecía estar más curiosa que nunca. Miraba una cosa, después otra, y de vez en cuando metía los dedos en lo que su mamá estaba haciendo, "para ver qué gusto tenía."

Finalmente la mamá se cansó de las travesuras de Margarita, y la mandó con un papelito a una tienda cercana.

Una vez que Margarita estuvo fuera del camino, la mamá pronto acabó su trabajo. Después que hubo preparado todo, pensó en hacer alguna cosita especial para que Margarita convidara a dos amiguitas que había invitado para esa tarde.



A Margarita le gustaba mucho ayudar a su mamá en los trabajos de la cocina; sólo que a veces la molestaba con su curiosidad.

Tomando un bizcochuelo de los que acababa de hacer, lo cortó por la mitad, le puso un poco de dulce de frutilla en el medio y lo bañó con merengue. Luego lo adornó con rebanaditas de banana y una o dos guindas bien rojas. El bizcochuelo quedó así muy tentador. Para dar una agradable sorpresa a las chicas, la mamá lo guardó en el aparador de la cocina, bien escondido.

Después de un rato, Margarita volvió, tan curiosa como siempre. Quería saber lo que había estado haciendo su mamá durante su ausencia, así que miró dentro del horno para ver si todavía había algo cocinándose. Como el horno estaba vacío, supuso que las cosas estarían en la despensa o en el aparador. Se dirigía a este último, donde estaba guardada la sorpresa, cuando la mamá la llamó.

—Margarita, no abras el aparador.

—Pero yo quiero ver las cosas que hiciste.

—Te he dicho que no lo abras—dijo la mamá con firmeza.

Margarita se volvió, disgustada. Su curiosidad se había vuelto diez veces mayor. ¿Qué podía haber en el aparador? Seguramente era algo muy lindo. Ansiosa por satisfacer su curiosidad, se dirigió nuevamente al aparador.

—¡Margarita!

La niña sabía lo que significaba ese llamado de su madre. Se volvió.

—Mamita, ¿qué hay allí adentro?—dijo como rogando.

—No tienes porqué saberlo ahora; es algo lindo para ti y tus amiguitas.

—¿Me dejas que lo vea? ;Una sola mirada, mamá!

—No.

En ese momento, una vecina llamó a la mamá de Margarita por encima de la pared, pidiéndole que fuera a ver a su hijito que estaba enfermo.

Después de hacer a Margarita una última advertencia de que no tocara ni el fuego ni el aparador, la mamá se fué apresuradamente a ayudar a la vecina.

Margarita se sentó en una silla y miró con impaciencia al aparador prohibido. ¿Qué habría detrás de esas puertas cerradas?

“¿Habría querido decir mamá que no le dé ni siquiera una ojeada?” se dijo a sí misma. Pero la última advertencia de su madre resonaba todavía en sus oídos. Sin embargo, continuó mirando el aparador, y deseando abrir las puertas.

“Una sola miradita—seguía pensando,—una sola.”

Instantes después se bajó de la silla y se dirigió al aparador.

Una voz tentadora parecía murmurarle al oído: “Con dar vuelta ese pasadorcito, puedes ver lo que hay adentro.”

Cuanto más se acercaba Margarita al aparador, más fuerte se hacía la tentación. Arrastró una silla hasta allí, se subió a ella y empezó a dar vuelta la manija. ¡Con qué facilidad cedía! Luego retiró la silla, metió la mano por la abertura y empezó a abrir la puerta. Las bisagras crujieron un poco y Margarita miró para atrás para ver si su mamá había vuelto; pero no había nadie.

Cuando la puerta se hubo abierto un buen trecho, Margarita miró adentro del aparador. ¡Allí estaba la cosa prohibida, en el último estante! ¡Qué linda era! Abrió la puerta un poquito más, pero como era pesada, se le escapó de la mano y se abrió del todo.

Atenta al apetitoso postre, Margarita se inclinó un poco para tomarle el olor. “¡Ha de tener buen gusto!” pensó, y extendiendo la mano lo tocó. ¡Qué lindo bizcochuelo!

En ese momento un ruidito que sintió muy cerca la hizo dar vuelta rápidamente. No vio nada que pudiese haber sido la causa del ruido, pero estaba segura de que algo le había rozado el vestido. Asustada, cerró apresuradamente el aparador, le corrió el pasador, y se sentó de nuevo.

Acababa de hacer esto cuando volvió su mamá. Margarita trató de aparentar tanta inocencia como pudo, y la mamá ni sospechó lo que había pasado. Juntas limpiaron la cocina y lavaron los platos.



Después de la lección que recibiera, es muy probable que Margarita prometiese a su mamá que nunca más se dejaría vencer por la curiosidad.

Cuando hubieron acabado, Margarita se puso a arreglar la mesa para recibir a las amiguitas que irían a visitarla.

Eran casi las cinco, y las chicas pronto llegarían.

—¿Quieres ver ahora lo que hay en el aparador.—Margarita?—preguntó la mamá.

—Bueno, mamita—contestó Margarita con timidez y turbada.

La mamá se preguntó porqué estaría así, pero no dijo nada.

—Bueno, querida, puedes abrir el aparador ahora si deseas, porque tus amiguitas van a llegar pronto.

Margarita se dirigió al aparador, como había hecho un rato antes, y descorrió el pasadorcito para abrir la puerta. Después que lo hubo hecho, lanzó una exclamación de espanto.

—¡Mamá! ¡Aquí no hay nada!

—¿Qué dices?—preguntó la mamá.

Corrió al aparador y miró adentro. Era cierto. En el lugar donde había puesto el hermoso bizcochuelo bañado, no había más que una masa toda deshecha en el fondo de la fuente de vidrio.

—¡Margarita! ¿Tú has tocado esto?—preguntó la mamá con pena.

Margarita lloraba.

—No . . . sí . . . sí . . . pero yo no me lo comí. . . . De veras . . . yo no fui . . . Yo lo

miré no más . . . ¿Qué pasó? . . .—dijo entre sollozos.

En ese momento la mamá notó un ronroneo apagado que procedía del otro extremo del aparador y metiendo una mano agarró . . . al gato.

—Margarita, ¿por qué te has portado tan mal? —preguntó.

—Pero yo no puse el gato allí adentro . . . él debe haber saltado . . . cuando . . . cuando yo abrí la puerta, antes . . .—suspiró Margarita.

No es necesario describir lo que sucedió durante los pocos minutos siguientes. Baste decir que el gatito recibió una buenas palmadas, que la curiosidad de Margarita se redujo al grado normal, y que tres niñas tuvieron que conformarse con comer pan con manteca y dulce esa tarde.

Un Salvamento en Aeroplano

*Historia Verídica de Heroísmo que
Sucedió en el Desierto de Siria*

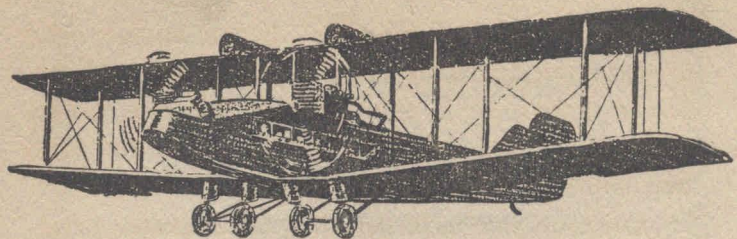
Este cuento es de una clase diferente de los que aparecen en este libro, pero deseo contároslo porque se trata de uno de esos sucesos que contribuyen a la paz y la amistad entre las naciones del mundo.

A principios de abril de 1926, dos aviadores españoles salieron de El Cairo, en Egipto, para volar hasta Bagdad, que queda en Mesopotamia. Era un viaje largo y en extremo peligroso, porque la mayor parte del tiempo debían volar por sobre desiertos arenosos donde no vive nadie y donde, por consiguiente, es imposible conseguir alimentos o agua.

Durante un buen trecho, volaron sin dificultad, pero mientras cruzaban el desierto de Siria se perdieron. En sus esfuerzos por hallar de nuevo el camino, volaron tanto que se quedaron sin nafta, viéndose entonces obligados a descender en la arena.

Tenían alimentos para unos tres días, así que se quedaron algún tiempo junto al aparato, con la esperanza de que algún otro aeroplano que

(51)



pasara los vería. Pero se habían apartado tanto del camino que no había perspectiva alguna de que alguien los encontrara. Todo el día miraban y miraban al cielo, esperando que los salvaran, pero en vano.

El calor era terrible, y no tenían otro refugio que las alas del aeroplano. El segundo día, el agua que tenían empezó a agotarse, de modo que se vieron frente a los horrores de una muerte lenta por sed. Al fin decidieron emprender camino a pie, en un último esfuerzo por obtener ayuda.

* * * * *

Mientras tanto, se habían estado enviando mensajes telegráficos entre Bagdad y El Cairo. Del Cairo preguntaban si los aviadores españoles habían llegado en salvo, y de Bagdad contestaban que no sabían nada de ellos. A medida que pasaban los días, todos empezaron a sentirse ansiosos, porque sabían que los aviadores se habían provisto de muy poco alimento y agua.

En la mañana del tercer día los jefes de la

Aviación Real Británica decidieron enviar ocho aparatos en busca de los dos españoles perdidos. No se detuvieron a averiguar de qué país procedían: para esos valientes, los dos hombres eran hermanos en peligro.

Durante cuatro largos días los aparatos británicos volaron por sobre el desierto sirio a lo largo y a lo ancho, buscando con ojos ávidos el aeroplano perdido. En la tarde del cuarto día se lo divisó desde uno de los aparatos ingleses, pero para pesar de los salvadores, los dos españoles no estaban allí.

* * * * *

Cansado y hambriento, con los pies llagados y la lengua reseca, el capitán español avanzaba trabajosamente por en medio de la arena. Habían pasado seis días desde su descenso forzoso. Su botella de agua hacía tiempo que estaba vacía y no tenía más que comer. Dejando a su mecánico muchos kilómetros atrás, él se dirigía solo hacia alguna parte en un esfuerzo desesperado por obtener ayuda.

Había empezado a soplar el viento, y se levantaban grandes nubes de arena que impedían ver para ningún lado. El aviador andaba a los tropezones, como un hombre en la obscuridad. ¿No lograría encontrar ayuda?

De repente se detuvo a escuchar. ¿Qué era eso? Un sonido que le era familiar parecía acer-

carse cada vez más. Sí, no había duda de que era el zumbido de un aeroplano.

Un momento después descendía del cielo uno de los aparatos británicos. El salvamento se efectuaba en el momento oportuno.

De allí fueron en busca del mecánico, hallando que había andado más de 40 kilómetros, mientras que el capitán se había alejado 75 kilómetros del aeroplano.

Cuando la noticia del salvamento llegó a España y los diarios difundieron la historia de cómo los aviadores británicos habían proseguido la búsqueda de los dos españoles perdidos por entre enneguecedoras tormentas de arena, el país entero se puso fuera de sí de gozo. El rey y demás miembros del gobierno manifestaron su gratitud, y el embajador británico en Madrid recibió millares de mensajes en los que se expresaba lo mucho que el pueblo español admiraba la valentía y caballería de los ingleses.

De modo que ambos países se vieron estrechamente unidos por este acto de bondad efectuado en el desierto. ¿Y no es ello mucho mejor que las guerras y el estar en continua lucha? Por supuesto: y si los hombres de todas las naciones tratasen siempre de ser bondadosos y ayudarse unos a otros, ¡qué lugar más feliz sería este mundo!



EL PATRIOTA

Por Bernabé Argaez y Milanés

No solamente es patriota
el soldado que en la guerra,
defiende con heroísmo
el honor de su bandera;

El que abnegado y sufrido,
se afilia a una noble idea
y labora por el triunfo
de todas las causas buenas;

No es solamente patriota
el que honrado desempeña
los cargos más importantes
del gobierno de su tierra.

• Patriota es también el hombre
que salva, que regenera;
el que combate los vicios
que la sociedad condena.

El que, firme, sus principios
ama, con la fe que alienta,
y lucha esforzado y noble
en pro de la dicha ajena.

Lito el Desdichado

Cuento de Navidad

Según pensaba Lito, era él el muchacho más desgraciado que hubiese en el mundo. Todo parecía salirle mal.

El día en que nosotros lo encontramos estaba más malhumorado que de costumbre, porque hacía pocos minutos la única bolita de vidrio que tenía se le había caído en un resumidero.

Pero aparte de esta calamidad, tenía muchos otros motivos para sentirse desdichado. En primer lugar, se veía obligado a usar en todo tiempo un traje viejo y remendado que le habían regalado y que sin duda había pertenecido a alguien más corpulento que él, todo porque su papá estaba sin trabajo, y el dinero no alcanzaba nunca.

Otro motivo de desconsuelo para Lito era que habían pasado ya varias horas desde que comiera su almuerzo de pan y una batata asada, y éstos parecían haberle llegado ya a la punta de los pies. Mientras recorría las calles con las manos metidas en los bolsillos, veía docenas de muchachos y chicas entrar en sus hermosos hogares de vuelta del colegio, y pensando en las mil cosas buenas

que quizás ellos encontrarían preparadas para comer, le rebelaba el tener que ir hasta aquella casa del otro extremo de la ciudad, para que le dieran pan y queso para la cena.

Pasó por una juguetería, resplandeciente de luces y llena de cuantas cosas puede desear el corazón de un muchacho. Se detuvo un momento y vió a otros chicos y chicas salir con tentadores paquetes de papel marrón en los brazos. Lito metió la mano un poco más hondo en su bolsillo y tocó de nuevo su monedita de níquel, toda su fortuna. ¡Cuánto hubiera deseado poder comprar algo para llevarle a su hermanita que estaba enferma en cama!

“¡Si no fuera porque soy el muchacho más desgraciado del mundo!” reflexionaba.

Pero al día siguiente su suerte pareció dar un giro. Caminaba en dirección a su casa, cuando se le acercó una señora bien vestida.

—¿Te llamas Rafaelito Lemos, hijito?—le preguntó.

—Sí, . . . se . . . señora, yo . . . soy Rafaelito—contestó Lito, lleno de asombro y preguntándose qué estaría por sucederle.

—Bueno—dijo la señora,—tenemos tu nombre en una lista de la Sociedad de Beneficencia, y deseáramos que vinieras a una fiestita que vamos a dar el jueves. Aquí tienes tu tarjeta.

—¿Lo dice de veras?—replicó Lito, no sa-



El árbol de Navidad es siempre un motivo de gran alegría donde se suele tenerlo.

biendo qué otra cosa decir.—Pero ¿y Ema, mi hermanita? . . . Tal vez se mejore . . . para el jueves. . . . Ella también tendría . . . que ir.

—Creo que esta vez no podremos dar más que una tarjeta a cada familia, hijito—dijo la señora bondadosamente.—Vamos a ver si para la próxima fiesta la hacemos ir a Ema.

“Es una suerte y no lo es—se dijo Lito cuando la señora se hubo ido.—Ahora no soy yo el desgraciado, pero sí la pobre Emita.”

En ese momento se le ocurrió una idea luminosa: tal vez que Emita pudiese ir en lugar suyo,

Miró la tarjeta y en ella leyó: "Válida solamente para el portador: Rafael Lemos."

"¡No hay vuelta que soy un desgraciado!" murmuró.

Así que fué a la fiesta. La mayor parte del tiempo la pasó ajeno a sus aflicciones. ¡Todo le parecía tan lindo, tan asombroso! Nunca había tenido tanto que comer.

Después del "lunch" se hicieron muchos juegos hasta que llegó el momento de repartir los regalos del árbol. Y era de ver la agitación que reinó entonces, especialmente cuando se permitió a cada niño elegir lo que más le gustaba.

Lito apenas podía contenerse mientras veía a los otros chicos pasar a retirar sus regalos. Se sentía como si le caminasen hormigas por el cuerpo. Había notado, especialmente expuesta a la vista, una preciosa locomotora de juguete—lo que él había deseado toda su vida—y aguardaba y miraba ansioso para ver si alguien la elegía antes que él.

Por fin—después de algunos momentos que le parecieron horas—le llegó su turno.

—¡Rafael Lemos!—llamó la señora que estaba al lado del árbol.

Lito saltó de su asiento como una bomba. Lo único que veía era la locomotora colorada. ¡Todavía estaba allí!

Pero al acercarse a la señora, notó que era

la misma que le había hablado en la calle, y le había dado la tarjeta para la fiesta. Inmediatamente le cruzó por la mente una nueva idea.

—¿Qué es lo que prefieres, Rafael?—preguntó la señora.—Puedes elegir lo que más te guste del árbol.

¡Qué ofrecimiento! Lito casi no podía creer lo que oía. Miraba y remiraba el árbol resplandeciente y cargado de juguetes. Una vez más contempló su soñada locomotora.

—Lo que más me gustaría tener—dijo mirando a la señora—es esa locomotora colorada, pero si para Vd. es lo mismo, voy a pedirle esa linda muñeca que hay allí arriba.

Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero con gran resolución mantuvo la cabeza erguida.

Sin embargo, la señora pareció entender los pensamientos del muchacho, y sin decir una palabra le entregó la muñeca. Luego le estrechó la mano e inclinándose hacia él murmuró: “Que Dios te bendiga, hijito.”

Pero los otros chicos no comprendían lo que había sucedido. Un momento después pregonaban a gritos a los cuatro vientos que Lito había elegido una muñeca. Unos le llamaron “¡Mariquita!” y otros, con aires de superioridad, dijeron: “¡Vaya un antojo de muchacho elegir una muñeca!” Las niñas protestaban: “¡Esa era la muñeca que yo quería!”

Lito se sonrojó. No sabía qué hacer. Finalmente se sintió tan molesto que tomando su gorra, se fué, con la muñeca bajo el brazo.

En camino a su casa iba pensando en la mala suerte que le había perseguido de nuevo esa tarde. Primero había perdido por voluntad propia la ansiada locomotora y después había sido el hazmerreir de todos los chicos presentes.

“No hay que hacerle: tengo que ser siempre un desgraciado,” . . . empezó a murmurar. Pero entonces sintió la muñeca bajo el brazo. En seguida sus pesares se disiparon, y apuró el paso.

Pocos minutos más tarde se hallaba en la piecita oscura, junto a la cama donde yacía Emita enferma.

—¡Qué contenta estoy de que hayas venido! —le dijo su hermanita.—¡Estaba tan sola . . . ! Pero ¿qué es lo que traes?—preguntó, sentándose en la cama y contemplando la muñeca con ojos ansiosos.—¿Es para mí? ¡Ah, Lito, Lito, qué bueno eres!

Lito se olvidó de todas sus desgracias. Sintió como un estremecimiento de alegría al ver el entusiasmo de su hermanita. ¡Cuán contento estaba de haber elegido la muñeca y no la locomotora!

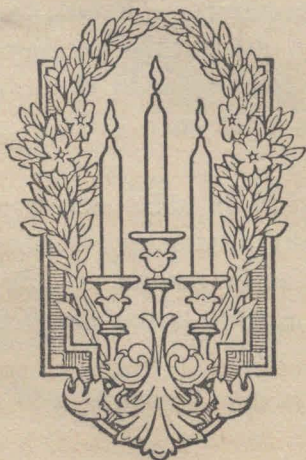
En ese momento llamaron a la puerta. Era la señora de la fiesta.

—¿Qué des . . . ?—estaba por preguntar Lito, pero ella le interrumpió:

—He venido para decirte cuánto siento que los chicos hayan sido tan malos contigo esta tarde. Ellos también están arrepentidos ahora, hijito. Yo les expliqué porqué era que habías elegido la muñeca, y entonces ellos me pidieron que te trajera algo para ti. Aquí está. Ahora, debo irme, porque se hace tarde. ¡Buenas noches!—y la señora se fué.

Lito se quedó mirando asombrado, y después abrió el paquete. ¡Era la locomotora! Loco de alegría se puso a bailar alrededor de la cama de Ema, riéndose y diciendo:

—No hay que hacerle: soy el muchacho más feliz que hay en el mundo.



La Señorita “Ya lo Sé”

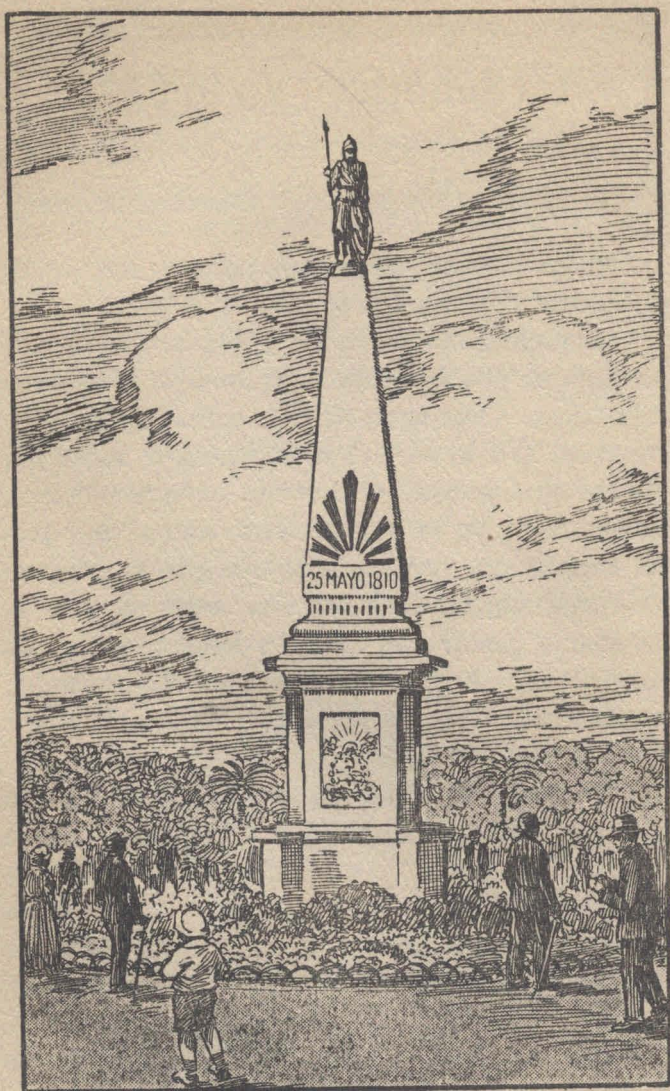
Y Cómo Descubrió Cuán Poco Sabía

No sé si la conocéis o no, pero tal vez sepáis de alguna niñita que se le parece.

Esta chica de quien os hablo acostumbraba pensar que ella lo sabía todo, aunque sólo tenía ocho años. Cuando su papá le contaba algo, respondía: “Ya lo sé.” O si la mamá le mostraba alguna cosa nueva que hubiese en una vidriera, le decía: “Sí, yo ya lo había visto antes.” No quería admitir que hubiera algo que ella no supiese. Era casi imposible darle una sorpresa. Si la llevaban a pasear a la ciudad y le compraban una sombrillita, y luego le preguntaban si le gustaba, contestaba: “Yo ya sabía que me estaban por comprar una sombrilla.”

De modo que a nadie le gustaba salir de paseo con una chica tal. Cierta día, sin embargo, reinó gran animación en la casa de la Srta. “Ya Lo Sé.” Su papá había anunciado que la llevaría a pasear a Buenos Aires. ¡Qué contenta estaba de ir a la ciudad, y más aún de pensar que la llevaban a ella sola!

Mientras iban en el tren, el papá trató de hacer el viaje lo más interesante posible para su hijita. Dejó el diario a un lado, y se entretuvo



La Plaza de Mayo, de Buenos Aires, donde se quedó extraviada la Srta. "Ya lo Sé."

en ir señalándole todas las cosas que le parecía que habían de interesarle.

—Ya conozco eso—decía la niña.—Me acuerdo de haberlo visto otra vez.

Finalmente el papá se empezó a cansar y cambió de tema.

—Supongamos—le dijo—que me perdieras en Buenos Aires. ¿Qué harías?

—Y . . . volver a casa—dijo la niña con indiferencia.

—¿Pero cómo?

—Ah, iría a la estación y tomaría el tren.

—Pero, ¿cómo sabrías llegar hasta allí?

—Y . . . no es tan difícil . . . yo sé cómo ir.

Una hora más tarde se hallaban en la Plaza de Mayo, mirando la Pirámide.

Centenares de personas cruzaban de aquí para allá, pero la niñita no parecía notarlo. Estaba demasiado interesada en el monumento, con la estatua de la República en la cúspide. No quería admitir que era algo nuevo para ella, pero finalmente se volvió y preguntó a su papá:

—¿Qué significa esa mujer que está allá arriba?

Se detuvo y miró a todos lados. Su papá había desaparecido.

—¡Papá!

No hubo respuesta.

—¡Papi-i-i-i-to!

5.—C. V.

Tampoco respondió nadie. Su papá se había ido, y ella estaba sola.

Se puso a pensar que le había dicho a su papá que sabía volver sola a su casa. Miraba a los cientos de personas que cruzaban a su lado en todas direcciones, los altos edificios, la multitud de autobuses y tranvías que iban y volvían a gran velocidad, y por último se dió cuenta de que, en realidad, no sabía volver a su casa. ¿Quién le indicaría cuál debía tomar de todos esos omnibuses? Ni siquiera sabía el nombre de la estación adonde debía ir.

Empezó a llorar. Durante unos momentos nadie pareció advertirla. La gente estaba demasiado apurada. Pero después de un rato se le acercó un agente de policía e inclinándose hacia ella le preguntó bondadosamente qué le pasaba.

—¡Me he perdido!—dijo entre sollozos.

—¿Te has perdido? Pero, ¿con quién estabas?
—preguntó el agente.

—Con papá, y se ha ido.

—¿Adónde se fué?

—Yo no sé. ¡Hi-hi-hi!

—¿Dónde vives?

—No sé. ¡Hi-hi-hi!

—Bueno, ven conmigo, entonces.

—¡No, no quiero ir a la comisaría! ¡Hi-hi-hi!

—Pero no puedo dejarte aquí. Ven conmigo y ya verás como encontramos a tu papá.

Así que el agente y la Sta. "Ya lo Sé" se encaminaron a la comisaría, la niña sollozando despacio.

No habían ido muy lejos cuando una voz que procedía de detrás de ellos llamó:

—¡Hijita!

Olvidando de pronto al agente y todas sus dificultades, la niñita se dió vuelta y de un salto estuvo en los brazos de su padre.

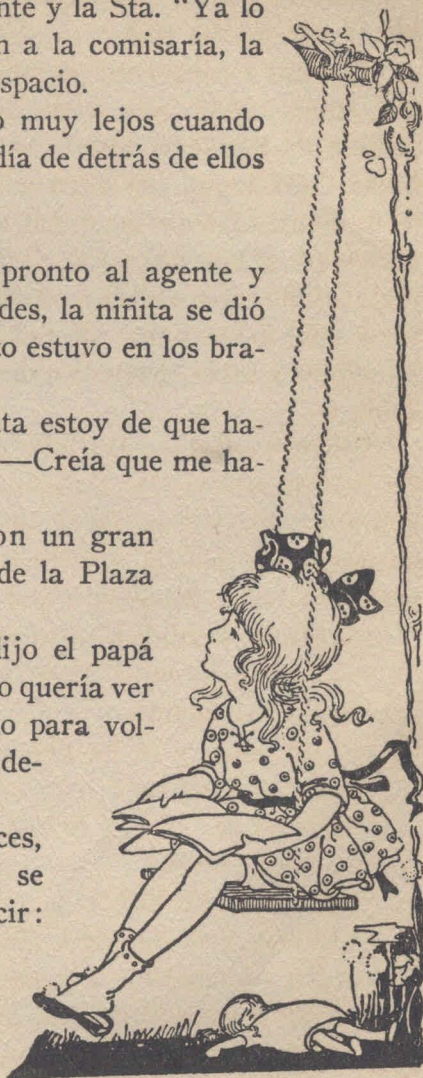
—¡Qué contenta estoy de que hayas venido!—dijo.—Creía que me había perdido.

Luego se dieron un gran abrazo en medio de la Plaza de Mayo.

—Chiquita—dijo el papá más tarde,—yo sólo quería ver si sabías el camino para volver a casa, como decías.

Y desde entonces, cuando la niñita se sentía tentada a decir:

Es bueno aprender y saber mucho, pero no por eso debemos ponernos orgullosos.



"Ya lo sé," se acordaba del agente de la Plaza de Mayo . . . y cerraba la boca.

No hay tal vez cosa que vuelva a una persona más aborrecible que la vanidad. El orgullo es un vicio muy feo, aun cuando la persona tenga motivos de ser orgullosa. Pero cuando no hay motivo, y no revela más que ignorancia, entonces es vanidad, y resulta más feo aún y ridículo.

Mejor es ser siempre amables y humildes, que los demás pronto reconocerán nuestro verdadero valor y nos apreciarán y querrán.

“ECOS”

Al Aire Libre y Dentro de la Casa

María, una niñita de siete años, y su mamá, regresaban de la ciudad a su casa de campo, cuando pasaron junto a un grupo de muchachos que estaban haciendo toda clase de ruidos raros.

—¿Qué estarán haciendo esos muchachos? —preguntó María.

—No sé—dijo la mamá;—vamos a pararnos y mirar.

—¡Cu-cú! ¡Hu-rra! ¡Jo-sé!—gritaban los muchachos.

Ellas se detuvieron y escucharon. Débil, pero claramente llegaban desde lejos los mismos sonidos: “¡Cu-cú! ¡Hu-rra! ¡Jo-sé!”

—Ya sé lo que hacen—dijo la mamá;—están escuchando el eco.

—¿Qué es un eco?—preguntó María.

—Un sonido que se repite—explicó la mamá.

—Los ruidos que hacen esos muchachos llegan hasta aquella pared alta que hay en el otro lado del campo y vuelven otra vez a ellos. Parece que la pared les hablara, pero, en realidad, repite exactamente lo que ellos dicen.

—¿Me contestará la pared a mí?

—Seguramente. Puedes probar si quieres.

Así que María fué adonde estaban los muchachos y ellos esperaron mientras la niña gritaba. Lo único que se le ocurrió decir fué: "¡Ma-má!"

Después de un momento de silencio, el sonido "¡Ma-má!" llegó de vuelta desde la pared.

—¡Mamá!—exclamó María—alguien te llama desde allá.

—No, querida—dijo la mamá con una sonrisa,—es la pared que repite lo que tú has dicho.

Mientras seguían caminando, María no podía pensar en otra cosa que en el eco que había oído. Se entusiasmó mucho cuando la mamá le dijo que podría oír un eco dentro de la casa. Así que decidió probar en seguida que llegaran.

Cuando estuvieron en la casa, María recorrió todas las piezas gritando: "¡Ma-má!" y escuchando el eco. Pero no obtenía respuesta. Se quedó chasqueada.

—Mamá—dijo, corriendo a la cocina,—yo creí que me habías dicho que podría oír el eco dentro de casa.

—Y así es, querida, pero tal vez puedas oírlo mejor a la hora de almorzar.

—Casi es hora ya—dijo María.

—Tienes razón—dijo la mamá—Trae a Ricardito y siéntalo en su sillita alta.

En pocos minutos estuvo servido el almuerzo.

—Yo no quiero sopa—dijo María.

—*Do no quedo* sopa—repitió Ricardito.

La mamá no dijo nada, pero sirvió la sopa. Luego se preparó para servir la tortilla de acelga.

—Mamá, ya sabes que no me gustan las verduras—exclamó María.

—No me *dusta veduda*—dijo Ricardito.

Pero la mamá sirvió la tortilla y los chicos la comieron, porque bien sabían lo que quería decir una mirada algo severa.

Al llegar el pastel de orejones, María tuvo otro comentario que hacer.

—A mí dame nada más que masa; no me gustan los orejones.

—*Quedo* masa; no me *dusta odejone*—repitió Ricardito.

María se sonrió y la mamá también.

—Me parece haber oído un eco—dijo la mamá.

—A mí también—dijo María.

Sólo entonces se dió cuenta María que Ricardito había es-

Hasta cuando salimos de paseo, debemos cuidar de los ecos.



tado repitiendo casi todo lo que ella decía, y especialmente las cosas feas. Sintió una nueva responsabilidad. Le pareció que debía ser como la maestra de escuela de Ricardo.

—Me parece que debiéramos hacerle oír sólo buenas palabras para que él pueda hacerles eco—dijo.

Y a la mamá le agradó tanto oírla hablar así que fué al otro lado de la mesa y dió a María un fuerte beso. Y aunque no dijo nada, podemos comprender que estaba muy contenta y feliz.



“¡Danos Un Pan Entero!”

Cómo Fué Contestada la Oración de una Niñita Hambrienta

(Basado en un hecho real)

En los días que siguieron a la revolución de Rusia, gran parte de la población del país tuvo que soportar muchas penurias. Millares de personas perecieron de hambre. Y otros miles, que una vez tuvieron cuanto podían desear, se vieron convertidos en mendigos. A los niños les era difícil entender la situación, porque el cambio sobrevino demasiado repentinamente.

Supe de una familia que pasaba por momentos muy difíciles. Al padre lo habían matado, la madre había muerto, y sólo quedaban la abuelita y tres niños. En un tiempo habían vivido en una mansión hermosa, y en su mesa había habido abundancia de cosas buenas. Pero se veían obligados ahora a vivir en una choza. La abuelita tenía que tejer todo el día a fin de ganar el sustento para ella y sus nietitos. Pero una vez que terminaba el tra-

bajo, le era difícil poder cambiarlo por alimentos. Había muy poco que comer en esa región.

Cierto día sucedió que habían consumido hasta el último bocado. Después de comer un mendrugo de pan cada uno al mediodía, no había quedado en la casa ni una miga. La abuelita estaba muy desesperada, pero no quería que los niños vieran su ansiedad. Los reunió a su alrededor, les dijo lo que pasaba, y luego se arrodillaron todos para pedir ayuda al Cielo. Sabían que sus provisiones se habían terminado, y que si Dios no acudía en su ayuda, sin remedio se morirían de hambre, tal como había sucedido con mucha pobre gente del pueblo en que vivían.

Así que oraron, oraron como sólo pueden hacerlo personas que están próximas a morir de hambre.



Los niños más privilegiados que aquellos que menciona esta historia, deben ser agradecidos a Dios.



“¿Cómo podré ayudar a alguna niñita necesitada como la de esta historia?”

No sé lo que habrá dicho cada uno, pero las palabras de la niñita fueron más o menos éstas:

“Querido Señor Jesús, mándanos algo para la cena: no un mendrugo, sino un pan entero.”

Hacía mucho que no veían un pan entero, y ansiaban tanto tener uno, como nosotros una torta para nuestro cumpleaños.

Llegó la hora de la cena, pero no había nada que comer. ¡Pobres criaturitas! ¡Cuánto deben haber anhelado algún alimento!

—Todavía no has afilado el cuchillo, abuelita —dijo la niñita, creyendo plenamente que su oración sería contestada.

Así que la abuelita afiló el cuchillo, según la costumbre rusa.

Un rato después, los niños, hambrientos y con frío, estaban por irse a la cama, cuando llamaron a la puerta. Afuera había un hombre todo cubierto de nieve. Había recorrido casi 32 kilómetros ese día. La abuelita reconoció en él a un antiguo amigo

de la familia, y lo recibió llena de gozo y alegría.

—¿Qué le trae aquí esta noche?—le preguntó.

—Cerca del mediodía sentí la impresión de que Vds. estaban muy necesitados y que debía venir a verlos en seguida.—Luego, volviéndose a los niños, dijo:—Y ¿a qué no saben qué les he traído?

—Yo sé—dijo la niñita.

—¿Qué es?—preguntó el hombre

—Es un pan entero.

—Has adivinado—contestó el amigo, abriendo el sobretodo y sacando un gran pan.—¿Cómo lo sabías?

Entonces le refirieron que habían rogado a Jesús que les mandara no un mendrugo sino un pan entero, y después todos se arrodillaron para agradecer a Jesús el cuidado que tenía por los que creían en él.

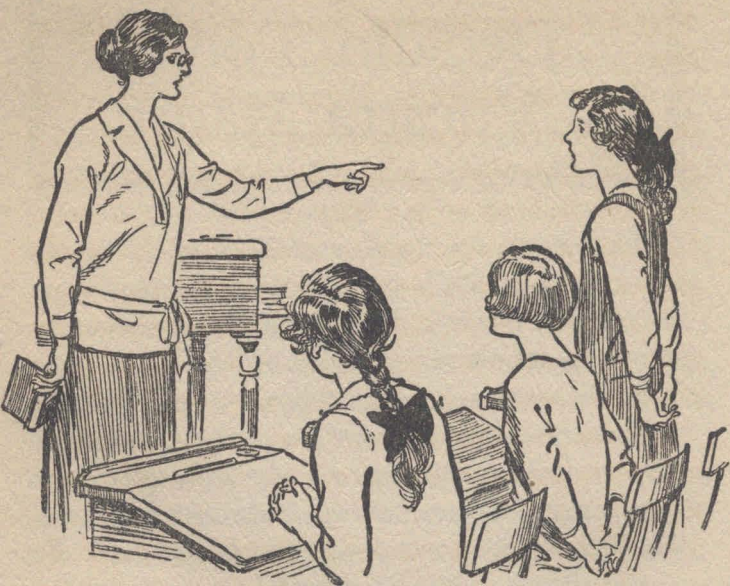
Y aun cuando era un pan seco, ¡qué magnífica cena habrá significado para la abuelita y sus nietos esa noche!

Decidlo Todo a Vuestra Madre

Es éste un cuento de escuela, y habla de una niñita llamada Lidia que asistía a la escuela que hay cerca de mi casa. No la conocéis, por supuesto, pero eso no importa.

Lidia vivía feliz en su hogar, con sus padres y dos hermanitos, a todos los cuales quería mucho; pero me parece que a quien más quería era a su mamá. Procuraba ayudarle en cuanto podía y era así su verdadera “mano derecha.” En cuanto llegaba de la escuela le preguntaba: “¿Puedo ayudarte en algo, mamá?” Y después que terminaban el trabajo, tal vez de lavar platos, sacudir el polvo o planchar—porque Lidia sabía planchar pañuelos tan bien como una persona grande—la niña contaba a su madre todo lo que le había ocurrido en la escuela.

No tenía ningún secreto para ella. Le decía todo, todo, aun cuando a veces debía confesar que había tenido que ir al rincón por conversar demasiado. Se había acostumbrado a enterar a su mamá de cuanto le sucedía, y la mamá, por su parte, siempre estaba dispuesta a escucharla, porque se acordaba de los días en que ella iba a la es-



“En seguida empezó a dar trabajo a la maestra.”

cuela; y de ese modo tenía también oportunidad de decir a Lidia cosas que le ayudarían a adelantar más ligero en los estudios.

Un día entró en la escuela una alumna nueva, llamada Rosalía. Era una chica atrevida, y casi en seguida empezó a dar trabajo a la maestra. A algunas niñas les gustaba, porque tenía un modo de ser muy independiente, de modo que pronto se notó que Rosalía había llegado a ser la cabecilla de todas las traviesas de la escuela. Inventaba toda clase de diabluras—algunas nada agradables, por cierto,—y los cuentos que refería

a las otras niñas no eran siempre los más apropiados.

Como es natural, Lidia también se sintió atraída por la viveza de su nueva compañera. Le gustaba divertirse, como a las demás, pero no le era fácil hacerse muy amiga de ella. Había también algo en Rosalía que no le gustaba. No podía explicar lo que era, pero lo comprendía muy bien.

—Chicas—dijo Rosalía una tarde después de salir de la escuela,—quédense en esta esquina, y les voy a contar un cuento. Se van a reír.

Todas estaban ansiosas por reírse un poco, así que se amontonaron alrededor de Rosalía para oírla.

—Escuchen, chicas—dijo Rosalía;—antes de contarles el cuento quiero que me prometan algo.

—¿Qué es?—preguntaron todas.

—Que no tienen que contar este cuento en sus casas, ni siquiera a sus madres.

—Muy bien—dijeron algunas niñas.

—¿Me lo prometen?—preguntó Rosalía, mirándolas con



Lidia se alejó del grupo en dirección a su casa.

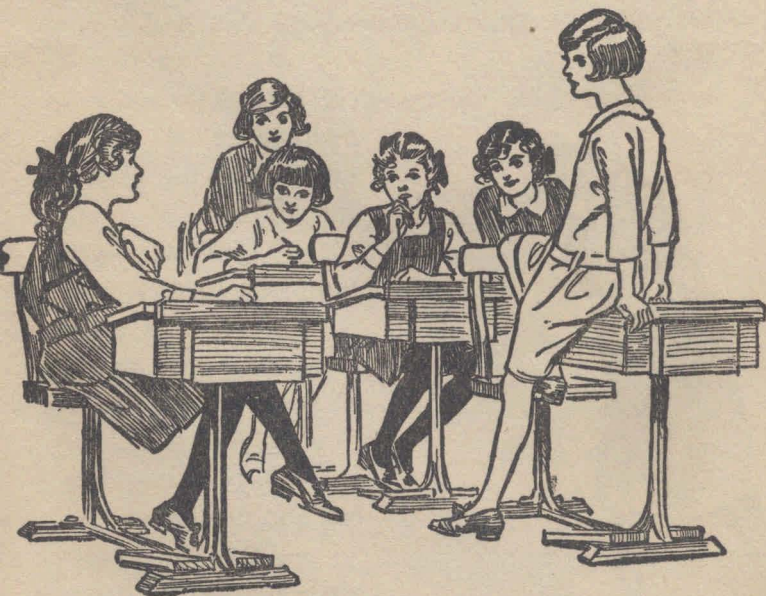
aire de superioridad, porque bien sabía la influencia que tenía sobre todas ellas.

—¡No!—respondió Lidia.—No te prometo una cosa tal.

—¿Y por qué no?

—Porque yo quiero mucho a mi mamá y le cuento todo—dijo Lidia sin temor, pero poniéndose un poco pálida.

—¡Ah, nenita de mamá!—le contestó Rosalía en tono burlón.—Si eres tan inocentona, mejor es que te vayas a tu casa, ¿no es cierto, chicas?



Las demás niñas solían reunirse alrededor de Rosalía para escuchar sus cuentos.

—Es claro—dijeron las otras.

La pobre Lidia se sonrojó y las lágrimas le asomaron a los ojos, pero se mantuvo firme en lo que sabía que era justo, y sin decir una palabra se alejó del grupo en dirección a su casa. Oyó a sus compañeras reírse, y sabía que se reían de ella, pero se hizo fuerte y no se detuvo hasta llegar a su casa.

La mamá se dió cuenta en seguida de que a Lidia le había pasado algo, y preguntó a la niña qué había sido. Lidia le contó todo lo que había pasado y cuando terminó, su mamá la tomó en los brazos y estrechándola le dijo que nunca le podría haber dado un placer más grande. Pero lo mejor de todo debía suceder a la mañana siguiente. El cartero trajo una notita de una de las maestras, en la cual decía más o menos así:

“He presenciado todo lo que pasó en la esquina de la escuela ayer de tarde. Estoy segura de que Lidia le habrá contado ya la parte que ella tuvo en la escena, pero me pareció que debía escribirle para decirle cuán orgullosa me siento de ella porque no tuvo temor de decir a las otras niñas cuánto la quería a Vd. Se portó como una verdadera heroína.”

Y la mamá y Lidia estaban tan contentas que se pusieron a bailar alrededor de la mesa del desayuno, hasta casi volcar la jarra de la leche.



El Viajero Clandestino

Historia del Sacrificio de un Capitán



HACE algunos años, un vaporcito que navegaba por el Atlántico del Sur fué sorprendido por una gran tempestad. Tres días anduvo a merced de las grandes olas. Perdió un mástil, y la rueda del gobernallesufrió averías.

Hacia el fin del tercer día la tormenta se volvió más violenta. El cielo se puso más obscuro, y los pobres marinos se dieron cuenta de que les esperaban momentos muy difíciles. De repente, en medio del estruendo de los truenos, se oyó el grito de alarma de que el vapor hacía agua.

Un momento después se hallaban preparadas las bombas, pero pronto se descubrió que el agua entraba en la bodega con más rapidez de lo que los hombres podían sacarla. Trabajaron desesperadamente una hora más, pero todo fué en vano. Viendo que los esfuerzos eran inútiles y que el vapor se hundía sin remedio, el capitán recurrió

al último recurso de hacer soltar los botes para embarcarse en ellos.

Para consternación de todos, se descubrió entonces que sólo uno de los botes había sido dejado intacto por las olas; todos los demás estaban tan dañados, que nadie podría aventurarse en ellos por un mar tan embravecido. No había otro recurso que amontonar toda la tripulación en el único bote entero.

En pocos minutos los hombres habían bajado al bote, que quedó lleno a más no caber. Sólo había lugar para una persona más, y estaba destinado al noble capitán, que había permanecido en el vapor hasta el último momento.

Estaba por bajar al bote, cuando oyó un grito. Mirando a su alrededor, vió venir corriendo hacia él por el puente un muchacho con la cara sucia y vestido de harapos. Era un viajero clandestino.

El capitán no sabía dónde se había ocultado el muchacho, ni con qué se había sostenido desde que el vapor zarpara del puerto; pero no era tiempo de hacer averiguaciones.

—¡Apúrate, muchacho!—le gritó, volviéndose al vapor—¡Baja la escalera!

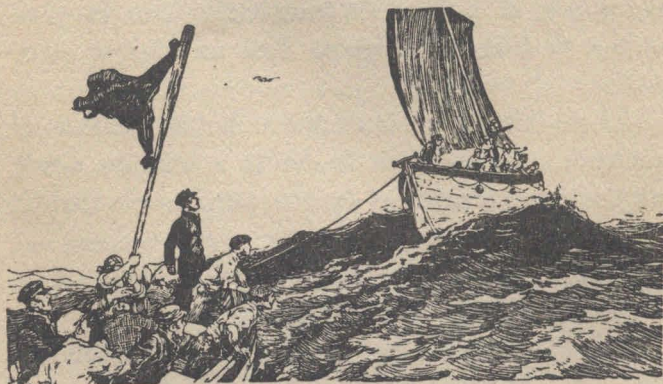
El muchacho no necesitó una segunda invitación. Rápido como un rayo bajó por la escala de cuerda y se metió en el bote, llenando así las últimas pulgadas de espacio que quedaban.

—¡Venga Vd. también!—gritaron los hombres al capitán, prefiriendo que el bote llevara demasiada carga a que su jefe quedara en el vapor que continuaba hundiéndose.

—¡Aléjense!—les gritó el capitán en respuesta, por sobre el fragor de la tormenta. El sabía mejor que ningún otro que el peso de una persona más haría zozobrar el bote, y entonces perecerían todos.

De modo que los hombres se pusieron a remar, bien oportunamente, por cierto, porque apenas estaban a distancia suficiente para ponerse a salvo, el vapor se volcó sobre un costado, hundiéndose en el mar, y llevando al noble capitán a su tumba en el fondo del océano.

Después de muchos días de penoso remar, los



Los botes salvavidas pueden contener un número limitado de personas.

náufragos fueron recogidos por un barco que pasaba y finalmente llegaron de vuelta al hogar sanos y salvos. El muchacho que viajaba a ocultas nunca olvidó el sacrificio del capitán. El recuerdo de ese acto de heroísmo cambió toda su vida. Le parecía que debía hacerse digno de tan inapreciable don. Llevaba siempre en el bolsillo un retrato del capitán, y lo mostraba cada vez que refería la conmovedora historia, diciendo: "El dió su vida por mí."

Ahora, niños, este relato debe ayudarnos a entender lo que Jesús ha hecho por cada uno de nosotros. El es el Capitán; nosotros, el viajero clandestino. No merecemos en lo más mínimo que él nos conceda un lugar en su hermosa morada celestial. Pero Jesús murió para que pudiéramos obtenerlo, y aunque hace muchos, muchos años que él hizo su admirable sacrificio, cada uno de nosotros puede aceptarlo y aprovecharse hoy de él. Así como el muchacho que viajaba sin pasaje refería después el sacrificio del capitán, nosotros deberíamos estar dispuestos hoy a contar a otros lo que Jesús hizo en favor nuestro. Podemos decir también: "El murió por mí."

Jesús Comprendió

Un muchachito a quien llamaban Bobby estaba cruzando una de las concurridas calles de la ciudad de Londres cuando fué atropellado por un tranvía. Como recibió heridas muy graves, algunas personas bondadosas se apresuraron a llevarlo a un hospital.

En el hospital, Bobby se encontró con Tomás, un muchacho a quien conocía, que ocupaba una cama al lado de la suya. Tomás sabía algo en cuanto a Jesús, pero Bobby, al parecer, nunca había oído hablar de él.

El pobre Bobby tenía fuertes dolores, y se temía que muriese.

Un día Tomás le dijo:

—Bobby, he oído decir que algún día, después que nosotros nos hayamos muerto, Jesús va a venir a llevarnos al cielo, donde hay mucho pan y manteca, con montones de dulce encima, y todos están contentos. En la misión dicen que sólo hay que pedirle a Jesús que nos lleve para poder ir allí.

—Pero yo no le puedo pedir tal cosa a un señor como ése—dijo Bobby.—El no va a escuchar lo que le dice un chico como yo.

—Sí, Bobby, él te va a escuchar—dijo Tomás.
—Pero tú no necesitas hablar con él. No tienes más que levantar un brazo, como hacemos en la escuela, cuando él viene al hospital. Dicen que viene todas las noches después que se apagan las luces.

Llegó la noche. La enfermera inspeccionó la sala, y apagó algunas luces.

—Yo creo que ya es hora—dijo Tomás.—Levanta un brazo, Bobby.

Bobby trató de hacerlo, pero estaba tan débil que no podía. Cada vez que levantaba el brazo, se le volvía a caer.

Tomás se deslizó de la cama, y con una almohada y las ropas de la cama sostuvo el brazo de Bobby para que no se le bajara más.

—Gracias, Tomás—murmuró Bobby.—¿Te parece que Jesús va a hacer realmente lo que dijiste?

—Estoy seguro—dijo Tomás.

Cuando llegó la mañana, el bracito continuaba levantado. Bobby estaba muerto, pero Jesús había comprendido.





Cuando Jesús era niño, el malvado rey Herodes le quiso matar, pero sus padres le llevaron a Egipto, y así se salvó.



¿Quién Era Jesús?

¿Quién era Jesús? ¿Un niño de Belén? Sí.
¿El hijo de un carpintero de Nazaret? Sí. ¿Un
Hombre bueno que curaba a los enfermos? Sí,
Jesús era todo eso, y mucho más.

Mucho antes de venir a este mundo en forma
de un niño de Belén, Jesús vivía en el cielo.

En realidad, él fué quién creó este mundo
en que vivimos. El hizo los hermosos árboles,
las flores, las montañas, los valles, los pájaros,
los animales y los peces del mar.

En el cielo todos los ángeles le amaban y se
complacían en hacer cuanto les mandaba. Todo
era allí felicidad y gozo.

¿Por qué, entonces, si era tan feliz en el cielo,
vino a este mundo? preguntáis.

Porque amaba a la gente que vive aquí, y se
llenaba de pena al ver que muchos niños y niñas
buenos se hacían hombres y mujeres malvados.
Realmente, fué un gran sacrificio para él cam-
biar las alegrías del cielo por las tristezas de la
tierra; sin embargo lo hizo, sabiendo que no ha-

bía otra manera de ayudar a la gente a ser más buena y salvar a los niños para su reino.

Pero, ¿por qué vino en forma de niño y no como un hombre grande?

Justamente para poder crecer como otros niños y niñas. Quería vivir como vivían ellos para poder comprenderlos y así saber cuál era la mejor manera en que podría ayudarles más tarde.

Bien; Jesús el niño se convirtió en Jesús adolescente y llegó a ser también Jesús el Hombre de Nazaret, que anduvo por toda la tierra de Palestina haciendo bienes y sanando a los enfermos que acudían a él.

Enseñaba a la gente muchas lecciones hermosas y demostraba cómo podemos vivir en armonía y contentos unos con otros. Fué Jesús quien dijo que debemos hacer a otros lo que quisiéramos que ellos nos hicieran a nosotros.

“Oísteis que fué dicho—decía:—Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Mas yo os digo: Amad a vuestros enemigos, . . . haced bien a los que os aborrecen, y orad por los



Jesús ayudaba en la carpintería de José.

que os ultrajan y os persiguen.” Mateo 5: 43, 44.

En su propia vida Jesús cumplió esas hermosas lecciones, y toda la gente le amaba. Es decir, todos excepto unos pocos que tenían celos de su popularidad. Esos pocos eran hombres malvados, y se disgustaban por la manera en que Jesús los reprendía por sus pecados.

Esas mismas personas hicieron un complot para matarle. ¡Pensad! ¡El Hijo del gran Dios de los cielos andaba entre los hombres, sanándolos y ayudándoles en cuanto podía, y sin embargo, algunos querían quitarle la vida! ¿Podría haber nacido en la mente humana una idea más malvada?

Y el plan de esos malos hombres tuvo éxito. Divulgaron mentiras en cuanto a Jesús y finalmente, después de convencer al gobernador romano para que se lo permitiera, le crucificaron: le clavaron las manos y los pies a una cruz cruel, y luego le dejaron colgado en la cumbre de una colina llamada el Gólgota, frente a Jerusalén.



Cuando nació, los pastores vinieron a adorarlo.

Jesús fué un gran maestro. A menudo enseñaba en las orillas del lago o mar de Galilea.



Allí, en la cruz, Jesús murió de dolor y pena. Sus amigos se acercaron, y sacando su cuerpo de la cruz, lo sepultaron en una tumba de piedra que pertenecía a un hombre llamado José de Arimatea.

Tal vez digáis: ¿Por qué dejó Jesús que los hombres malos le matasen?

Para mostrarles cuán inmenso era su amor. Podría haber llamado a todos los ángeles del cielo para que le ayudaran a pelear contra sus enemigos. Pero no; si muriendo podía serles de ayuda, prefirió morir. Con su muerte abrió el reino de los cielos a todos los que creyeran en su nombre. Eso es lo que quiere decir este hermoso versículo: "De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna."

Jesús murió y fué sepultado, pero no quedó en la tumba. Al tercer día de su muerte, los discípulos fueron a su sepulcro y lo hallaron abierto y vacío. Poco después, Jesús les fué al encuentro, y ellos se regocijaron de que su amado Maestro estuviese otra vez vivo. Cuarenta días anduvo con ellos, hablándoles de la obra que quería que hiciesen, y diciéndoles que debían ir por todo el mundo para explicar a todos los que encontraran, hombres y mujeres, niños y niñas, cuánto los había amado Jesús a todos.

Un día, mientras hablaba con sus discípulos

cerca de Betania, empezó a apartarse despacio de ellos, subiendo cada vez más alto, hasta que al fin, cuando estaba en medio del cielo, "una nube le recibió y le quitó de sus ojos."

Pero aunque Jesús se fué de vuelta al cielo, no se ha olvidado de aquellos que dejó en la tierra. Nunca se ha olvidado de sus hijos durante los largos años que han pasado desde que se fué.

Su amor nunca cambia. Es el mismo ayer, hoy y para siempre. Murió mientras era joven, y nunca se pone viejo. Como ha sido niño, sabe cómo ayudar hoy a otros niños, sean ricos o pobres, enfermos o sanos, en todas sus dificultades y en su lucha con el pecado. Nunca se burlará de vosotros si confiáis en él. Es el Amigo de los niños.

El Leproso Errante

Cómo Fué Curado de su Enfermedad

Antiguamente había muchísimas personas en Palestina que sufrían de la terrible enfermedad llamada lepra. Los que la contraían se llenaban de llagas, y cuando se ponían muy graves, se les caían los dedos, y muchas veces hasta la nariz.

Se creía que la enfermedad era muy contagiosa e incurable, y por causa de ello, las pobres personas que la contraían eran arrojadas de sus hogares, y obligadas a vivir a la intemperie entre las montañas, y dormir en cuevas y tumbas. Si alguna vez se acercaban a un pueblo, debían gritar: “¡Inmundo! ¡Inmundo!” para que la gente supiera que ellos venían y tuviera tiempo de huir.

Cierta vez había un hombre “lleno de lepra” vi-
viendo en Galilea. Miserable y descorazonado, va-
gaba de aquí para allá por entre las montañas,
aguardando la muerte. A menudo se acordaba de
los dichosos días pasados, de su hogar, de su amada
esposa y sus queridos hijitos; ¡y todo eso lo ha-
bía perdido para siempre!

Algunas veces se encontraba con otros lepro-
sos y hablaba con ellos; eran sus únicos compa-
ñeros. Cierta día, uno de esos amigos le dijo:



"Jesús . . . extendió una mano y tocó al leproso."

—¿No has oído hablar del Hombre de Nazaret, de quien dicen que sana a los enfermos por dondequiera que va?

—No. ¿Quién es?

—No sé. Algunos dicen que es el Hijo de David, el Mesías.

—¿Cura también la lepra?

—Ah, eso no sabría decírtelo. Pero me gustaría que viniera por aquí.

No bien hubo terminado de decir esto, cuando se oyeron los gritos de una muchedumbre que desde el pueblo venía hacia donde estaban ellos.

—¿Qué será eso?—dijo el primer leproso.—Voy a bajar y ver.

Bajando la cuesta donde estaban, tan ligero como se lo permitía su condición, se acercó cautelosamente cuanto pudo a la puerta del pueblo.

—¿Qué es ese ruido?—preguntó a alguien que pasaba.

—Está Jesús de Nazaret sanando a los enfermos.

Una gran esperanza llenó el corazón del pobre leproso. ¡Curarse! ¿Sería posible? Seguramente que si Jesús era realmente el Mesías, podría curar la lepra.

Conmovido por esta nueva esperanza, aguardó impaciente que apareciera Jesús.

Al fin llegó, con un tropel a su lado, como siempre.

—¡Jesús!—gritó el pobre leproso.—¡Señor, si quieres, puedes limpiarme!

Jesús oyó la imploración, y viendo al pobre leproso de rodillas, se apartó de la multitud y fué hacia él para hablarle.

—¡Señor, si quieres . . . !—repetía el hombre.

Entonces, para asombro de la gente, Jesús, sin temer el contagio de la enfermedad, extendió una mano y tocó al leproso, diciendo:

—Quiero: sé limpio.

Inmediatamente el hombre sintió nueva vida correr por su cuerpo, y saltó de gozo con toda la energía de una nueva juventud. ¡Las horribles llagas habían desaparecido!

Lleno de gratitud y contento, el hombre sanado se volvió a su hogar, y refirió a todos el milagro que Jesús acababa de hacer para él. ¡Cuán dichoso se sentía de haber aprovechado la oportunidad de que Jesús pasase, para ir hasta él!

¡Suponed que hubiese esperado un poco más o no lo hubiese llamado! Jesús se habría ido—tal vez para siempre—y el hombre habría continuado siendo leproso el resto de su vida.

Jesús pasa aún hoy día. En cierto tiempo de la vida él se llega a todo niño o niña. Cuidemos de no permitir que se vaya sin haber obtenido la ayuda que deseábamos. El está dispuesto a hacer por nosotros cualquier cosa que realmente necesitamos, pero quiere que se lo pidamos primero.

Los Ciegos de Jericó

Cómo Jesús les Devolvió la Vista

Imaginaos que hubieseis perdido la vista, y que estuviéis ciegos. ¡Qué cosa horrible sería! Si no lo creéis, cerrad los ojos, y luego pensad que ser ciego es estar toda la vida así, sin ver nunca el sol, ni las flores, ni la cara de mamá.

Hace muchos años, cerca del pueblo de Jericó, en Palestina, había dos pobres ciegos. Vestidos de harapos se sentaban junto al camino pidiendo a los que pasaban que les echaran una moneda en la cajita para poder comprarse algo que comer.

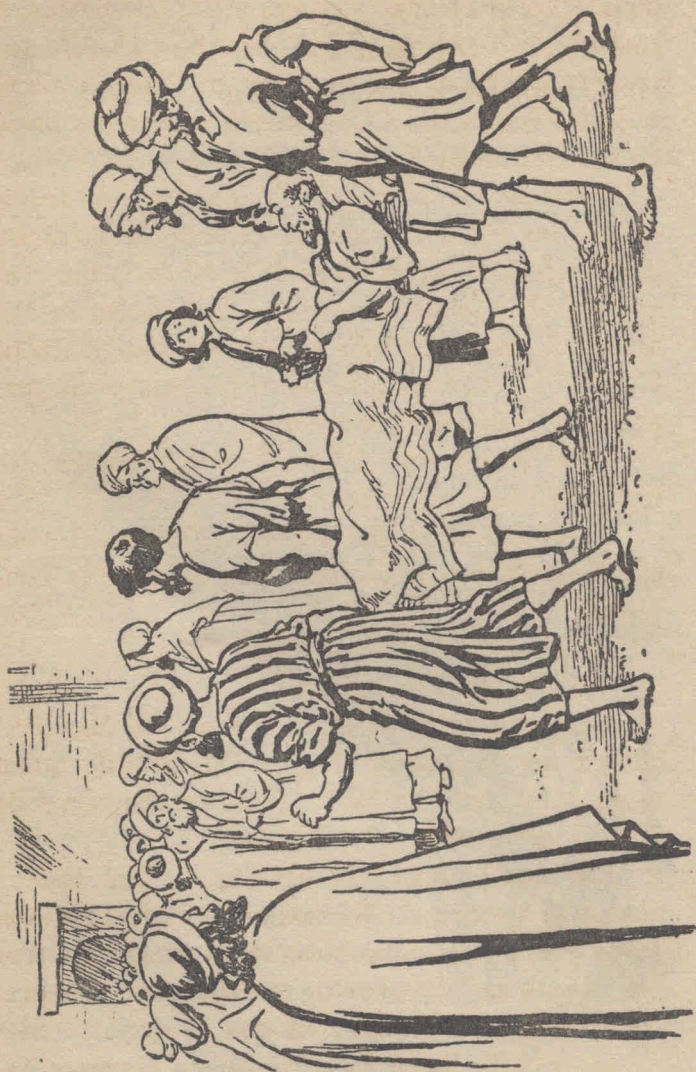
Así vivían, tristes y desesperados, hablando juntos de los felices días en que podían ver.

Un día, alguien se les acercó y les dijo que había oído que vivía en Nazaret un Hombre que sanaba a todos los enfermos, y se decía que hasta devolvía la vista.



Bartimeo, el ciego,
y Jesús

Los ciegos hablaron semanas y semanas de ese Hombre maravilloso. ¿Sería cierto lo que se decía? ¡Si pudiesen ir hasta Nazaret y



De todas partes le traían enfermos a Jesús, para que los sanase.

hallarle! Pero Nazaret estaba a 100 kilómetros, el camino era feo y peligroso, y no había nadie que pudiera guiarlos. Tal vez el gran Sanador fuese a Jericó algún día. Una nueva esperanza nació en sus corazones.

Pasaron las semanas. Y un día los ciegos oyeron un ruido extraño procedente de la dirección de Jericó. Eran voces de hombres y mujeres que gritaban acaloradamente. El tumulto se fué acercando cada vez más adonde estaban sentados los ciegos. Oían las pisadas de centenares de personas en el camino polvoriento.

¿Qué podrá ser? ¿Estará el gobernador romano de visita en Jericó?

—¿Quién es el que viene? ¿Quién es?—exclamó Bartimeo esperando que alguien le contestara.

Alguien dijo con voz alborozada:

—Pasa Jesús de Nazaret.

Bartimeo saltó de gozo. ¡Jesús de Nazaret! ¡Debía ser sin duda el gran Médico de quien tanto había oído hablar! ¡Jesús estaba cerca de él! ¿Querría sanarlo? ¿Podría?

La muchedumbre se agitaba. ¿Qué hacer? pensaban los ciegos. No podían ver dónde estaba Jesús y era imposible moverse en medio del tropel. Jesús se iría pronto, tal vez para siempre. No había más que una cosa que hacer.

—¡Jesús!—llamó Bartimeo a toda voz.—¡Je-



La presencia del gran Médico en un hogar significaba salud.

sús, Hijo de David, ten misericordia de mí!

—¡Cállate!—gritaron unas voces de en medio de la multitud.—El Maestro está ocupado con otros.

Pero Bartimeo estaba seguro de que ésa era su gran oportunidad, y no quería dejarla escapar.

—¡Jesús! ¡Jesús!—gritó más fuerte aún.—¡Hijo de David, ten misericordia de mí!

Jesús se detuvo. Por sobre el clamor de la multitud le había llegado la voz del pobre ciego.

—Alguien me ha llamado—dijo.—Traédmelo aquí.

Entonces, los mismos hombres que habían dicho a Bartimeo que se callase, se volvieron hacia él y le dijeron:

—Ten confianza: levántate, te llama.

A los ojos de la multitud asombrada, Bartimeo y su amigo fueron conducidos a Jesús.

—¿Qué quieres que te haga?—dijo Jesús bondadosamente a Bartimeo.

—Maestro—dijo Bartimeo,—que cobre la vista.

El amante corazón de Jesús se conmovió por la ardiente súplica.

—Conforme a vuestra fe os sea hecho—dijo a ambos ciegos, tocándoles los ojos.

Inmediatamente las tinieblas se desvanecieron, y los hombres, abriendo los ojos, vieron a Jesús.

¡Cuán felices estaban! De nuevo podían ver a sus amigos, sus hijitos, los hermosos árboles, las montañas rocosas y el cielo sin nubes. Sus corazones rebosaban de gratitud, y no podían hacer otra cosa que contar a cuantos encontraban lo agradecidos que estaban a Dios por lo que había hecho por ellos.

Los Nueve Ingratos

Y el Hombre que Dijo: “Gracias”

En otra ocasión en que Jesús entraba en un pueblo de Galilea, diez leprosos exclamaron:

—Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros,—y le pidieron que los sanase.

Jesús les respondió:

—Id, mostraos a los sacerdotes.

Con eso quería decir que debían ir a pedir permiso a los sacerdotes para poder volver a estar entre la gente de su pueblo.

Obedientes, pero sin saber qué querría decirles con eso el gran Médico, los diez se fueron en busca de los sacerdotes.

De repente empezaron a decirse unos a otros:

—Me siento mucho mejor.

—Yo también.

—Yo también—dijeron los otros en coro.

Se miraron las manos, y he aquí que las llagas habían desaparecido. ¡Estaban sanos!

Uno de los diez, un samaritano, rebosante de alegría por lo que había sucedido, se volvió corriendo adonde estaba Jesús y, postrándose a sus pies, le dió gracias de todo corazón por lo que había hecho por él.

¿Y los otros nueve? Siguieron su camino, muy contentos, sin duda, de haber sido sanados, pero sin recordar para nada a Aquel que los había curado. ¡Pensad! Habían sido curados de la más horrible de las enfermedades, y sin embargo, eran tan indignos que ni siquiera se dieron vuelta para decir: "Gracias."

Jesús se quedó muy chasqueado. Volviéndose a sus discípulos les dijo:

—¿No son diez los que fueron limpios? ¿Y los nueve dónde están? ¿No hubo quien volviese y diese gloria a Dios sino este extranjero?

Algunos niños y niñas que reciben favores se parecen al samaritano que se volvió y dijo: "Gracias." Pero temo que haya muchos que son como los nueve que no se volvieron. No entristezcamos nunca a Jesús siendo ingratos por las buenas cosas que él nos da continuamente en tanta abundancia. Y algunas veces, pienso que también mamá se pondría contenta si oyera decir: "Gracias" por las muchas cosas que ella hace por nosotros día tras día.



“Muchacha, a ti digo, levántate,” dijo Jesús, y la hija de Jairo despertó de la muerte.

La Niñita que se Durmió Y Oyó a Jesús Decirle “Despiértate”

Jesús fué bondadoso con los niños.

Una vez había una niñita de doce años que estaba muy enferma.

Su papá se llamaba Jairo—Sr. Jairo le llamaríamos hoy en día—y era un hombre de importancia en la comunidad. En esos días le llamaban “príncipe de la sinagoga.”

Jairo tenía gran respeto por Jesús y creía que él tenía poder para sanar los enfermos. Así que cuando su hijita se puso grave, corrió al encuentro de Jesús, que estaba hablando al pueblo, y le pidió que fuera tan pronto como pudiera para mejorarla. Jesús consintió en ir.

Mientras tanto, la Sra. Jairo, que cuidaba a la enfermita, la veía ponerse cada vez más débil. Todo lo que podía hacerse por ella se había hecho. ¿Llegaría Jesús a tiempo? ¿Por qué tardaba tanto? ¿Qué habría sucedido?

Pasó una hora. Con las mejillas bañadas en lágrimas, la amorosa madre vió a su hijita dar su último suspiro. ¡Jesús no había llegado! ¿Por qué?

Había ocurrido algo en el camino. Mientras Jesús estaba en camino a la casa de Jairo, una

pobre mujer, que había estado enferma doce años, se había abierto camino por entre la multitud, y extendiendo un brazo por entre aquellos que estaban cerca de Jesús, había tocado el borde de su vestido. Inmediatamente se había curado de su enfermedad, y Jesús la había llamado para que le refiriera su historia.

Mientras hablaban, un mensajero se acercó a Jairo, que estaba entre la multitud, dándole la triste noticia de que su hijita había muerto.

—Tu hija es muerta, no des trabajo al Maestro.

El pobre Jairo se quedó como trastornado, pero Jesús pronto notó su pena. El sabía lo que había sucedido. Volviéndose a Jairo, le dijo:

—No temas: cree solamente, y será salva.

Cuando Jesús llegó a la casa de Jairo, la halló llena de plañidores que lloraban y se lamentaban haciendo gran ruido.

—¿Por qué alborotáis y lloráis?—dijo.—La muchacha no es muerta, mas duerme.

Al oír esto, todos se rieron, porque sabían que la niña estaba muerta. Sin embargo, Jesús mandó que todos saliesen de la pieza, y así lo hicieron.

Entonces, cuando todo estuvo tranquilo, él entró en la pieza donde yacía la niña blanca e inmóvil. Con él estaban los entristecidos padres y tres de los discípulos.

—¿Qué irá a hacer?—pensaban los padres—
¿Qué podrá hacer ahora?

Estaban ansiosos por ver lo que sucedería.
Tomando a la niña de la mano, Jesús le dijo:
—Muchacha, a ti digo, levántate.

La niña se movió y abrió los ojos. Luego se bajó de la cama, como si hubiese despertado de un sueño, y con la misma apariencia que había tenido siempre.

Los padres “estaban atónitos,” pero estoy seguro de que en medio de su asombro eran inmensamente dichosos.

Y ¿qué suponéis que dijo Jesús entonces?

—Dadle algo de comer.

Esto demuestra que Jesús sabe qué es lo que más necesitan y desean los niños y las niñas.



Cuando fué a pedir trabajo, le encargaron que cuidara los cerdos.

El Muchacho que se Fué de su Casa

Hubo una vez un hombre rico que tenía dos hijos. Era un buen padre y amaba a los dos muchachos. Siempre hacía gustosamente cuanto podía por verlos contentos, y, como todos los padres, esperaba que en cambio ellos obedecieran sus mandatos.

Tenían un hogar hermoso y bien amueblado, donde había abundancia de buena comida y buenas ropas para usar. En sus campos pastaban centenares de ovejas y cabras, vacas y caballos, a los cuales son tan aficionados generalmente los muchachos.

Pero uno de los hijos no se sentía contento. Algunas veces le disgustaban las órdenes de su padre. Le parecía que nunca gozaría realmente de la vida hasta que estuviera lejos del hogar.

Había oído decir que en el gran mundo había mucho dinero que podía ganarse con toda facilidad. En la gran ciudad, podría gozar también de múltiples placeres que nunca se le hubiesen permitido en la casa. ¡Quería ser libre! ¡Que nadie le dijera más: “No hagas esto” o “Haz aquello”! Quería ser un hombre, mandarse a sí mismo.

Cuanto más pensaba el muchacho en ello, más

inclinado se sentía a dejar la propiedad de su padre para ir a buscar fortuna en el mundo. Decidió hablar a su padre.

—Papá—le dijo,—estoy cansado de vivir aquí. Quiero irme y ver mundo. ¿Quieres darme un poco de dinero?

El padre se quedó asombrado, pero sabiendo que su hijo nunca apreciaría su hogar hasta que estuviese lejos de él, le dió un poco de dinero, y le dijo que podía irse si quería.

El muchacho se puso muy contento, y en seguida empezó a empaquetar sus cosas y se fué.

No sé cómo se habrá sentido el día de la partida. Creo que le habrá causado pesar el dar a su madre el beso de despedida y decirle adiós por última vez con la mano cuando se perdió de vista en el camino. Y estoy seguro de que cuando él se fué, la madre y el padre lloraron.

Esa primera noche que el muchacho pasó fuera de su casa debe haberse sentido muy solo. Tal vez haya pensado en volver, pero a la mañana su mente se habrá llenado de nuevo con el pensamiento del gran porvenir que le esperaba en el mundo. ¡Pensar que su padre le había dado dinero! Nunca había tenido tanto en su vida. ¡Qué no podría hacer con él cuando llegara a la gran ciudad!

Llegó a la ciudad y empezó a gastar su dinero. En seguida se hizo de muchos amigos que le ayu-

daron a gastarlo. Le hicieron pasar lo que parecía ser un tiempo divertido, aunque en ello iba incluído el hacer cosas que su padre le había dicho que eran malas.

—Esto es vivir—decía el muchacho.—Esto es lo que siempre he deseado. Puedo hacer lo que guste sin que nadie me lo prohíba. ¡Pensar que me he conformado con vivir en esa horrible chacra!

Pero un día el muchacho descubrió que se le estaba acabando el dinero. No había prestado mucha atención a los asuntos de dinero mientras lo gastaba. Pero ahora se daba cuenta de que la cantidad que había traído con él se le iba acabando.

Sus nuevos amigos pronto se dieron cuenta de su situación, y uno tras otro lo abandonaron, hasta que al fin, cuando se halló sin un medio, se vió también sin amigos. Ninguno de sus alegres compañeros estaba dispuesto a prestarle nada, ni siquiera a darle algo de comer.

El muchacho se hallaba frente al duro hecho de que la comida se compra, no con dinero sino con trabajo. Empezó a ver si podía mantenerse con bríos suficientes para poder trabajar. Pero, ¿qué trabajo podía hacer? Lo único que había hecho era trabajos de campo, y ni siquiera de eso sabía mucho.

Así que fué a una chacra y pidió trabajo. El chacarero creyó que era un muchacho común, así

que lo encargó de cuidar los cerdos con muy escaso sueldo.

De modo que el muchacho que días antes había andado contoneándose por la ciudad como un gran señor con el dinero de su padre, estaba ahora de porquero en una chacra. Tenía tanto hambre que hasta le daban ganas de comer la comida que daba a los cerdos.

¡Pobre muchacho! Se había ido de su casa para pasar buena vida en el mundo, pero se encontró con que el mundo es un lugar frío y duro, y que el poco placer que ofrece lo hace pagar muy caro.

Había estado unos días demasiado ocupado en correr tras los placeres para pensar en su casa, pero ahora que se hallaba sentado entre los cerdos tenía mucho tiempo para pensar.

¡Qué cosa más hermosa le pareció entonces el hogar! ¡Qué no hubiese dado por volver a él! ¡Poder ver de nuevo a su madre y a su padre! ¿Por qué se habría ido?

En su corazón hizo una gran resolución. Volvería. Su padre tal vez estuviese disgustado con él, pero le diría que estaba arrepentido, y le pediría perdón. Pensó en las palabras que le diría. Eran más o menos éstas:

—Padre, he pecado contra el cielo, y contra ti; ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros.

Y empezó el largo viaje a pie de regreso al hogar.

* * * * *

Mientras tanto, ¿qué sucedía en el hogar?

El padre estaba lleno de pena. Su hijo no había escrito ni una vez. Tenía el presentimiento de que le había pasado algo. Si era así, debía hacerlo buscar para que lo llevasen a su casa de nuevo. ¡Si volviese!

Todos los días, y a cada hora del día, el padre iba y miraba hacia el camino que su hijo debía tomar en caso de que volviese. Pero día tras día se chasqueaba, y se ponía cada vez más preocupado.

Un día fué a ver, como siempre. Esforzando la vista, miró atentamente hacia una altura, donde el camino se perdía entre las montañas.

¿Qué era aquello? No había duda de que era una figura que se movía. ¡Sí! Y parecía algún conocido. ¿Podría ser? Tal vez fuese un chasco más. Pero no.

—Creo que es mi hijo—murmuró el padre para sí, esforzando los ojos aun más.—¡Es él!

¡Es él! ¡Ha vuelto al fin!

Olvidándose de su edad, y de todo lo demás, el padre empezó a correr, y no se detuvo hasta que hubo alcanzado a su hijo.

—Padre, he pecado . . .—empezó a decir el muchacho.

Pero el padre no lo oía. Estaba demasiado gozoso de que su hijo hubiese vuelto a casa. Rodeándole el cuello con los brazos lo abrazó y lo besó. Luego llamó a un sirviente para que buscara ropas nuevas con que cubrir los andrajos del hijo, y juntos volvieron a la casa, donde pronto hubo gran regocijo. El padre ordenó que se hiciese una gran fiesta para celebrar el feliz suceso.

El hermano del muchacho no podía entender porqué se hacía tanto alboroto por la vuelta de un mal hijo, pero el padre le dijo:

—Este tu hermano muerto era, y ha revivido; habíase perdido, y es hallado.

Esta clase de padre representa a Dios. El nos ama a todos como a hijos suyos. Si nosotros queremos apartarnos de él, nos permite que lo hagamos, pero sabe que pasaremos por momentos muy amargos.

Mientras estamos apartados de él, siempre mira para ver cuándo volvemos. Nos ama con amor eterno, y siempre está dispuesto a recibirnos de nuevo en el hogar. ¡Cuánto mejor es, sin embargo, no irse nunca!

Jesús y los Niños

*Aunque Ocupado con los Mayores, El Siempre Tenía
Tiempo para Dedicar a los Pequeños*

Jesús era un hombre muy atareado. Los únicos momentos en que podía estar tranquilo era cuando subía a las montañas, donde la gente no podía ir a buscarle. Siempre que se hallaba en las ciudades o pueblos, la gente se amontonaba para



Las madres solían traer sus hijos a Jesús
y pedirle que los bendijera.

oir sus palabras y presenciar los maravillosos milagros que hacía.

Un día, mientras estaba hablando a la gente, algunas madres le llevaron sus bebés y niños y, abriéndose camino entre la muchedumbre, pidieron a Jesús que los bendijera.

Los discípulos se disgustaron, y dijeron a las madres que se llevaran sus hijos. Tal vez dijeran que los chicos hacían demasiado ruido, y que su alegría retozona molestaba a los mayores.

Pero Jesús, con palabras bondadosas, los amonestó así:

—Dejad que vengan a mí. Haced que todos los niños me vean. No los impidáis. Porque el reino de los cielos es para ellos, y si vosotros, los mayores, no os hacéis sencillos, sinceros y confiados como niños, nunca entraréis en el cielo.

¡Cuánto se alegraron los niños! Se amontonaron alrededor de Jesús y tal vez algunos de ellos se le treparan a las rodillas y lo besaran. ¡Qué gran privilegio tenían! ¡Cuán felices deben haberse sentido! ¿No os hubiese gustado estar allí?

Atacado por Ladrones

*Un Hombre Asaltado y una
Acción Bondadosa*

¡Z-z-z-z-um! ¿Qué era eso?

El solitario viajero miró para todos lados prestamente. Una piedra había bajado rodando la ladera de la montaña, yendo a caer a su lado.

Estaba un poco nervioso, porque esa parte del camino entre Jerusalén y Jericó era famosa como refugio de ladrones. A un lado tenía un precipicio, mientras del otro, el terreno se levantaba en forma de acantilado. A todo lo largo de la ladera de la montaña había grandes rocas detrás de las cuales se sabía que se ocultaban los bandidos.

—Tal vez no haya sido nada—se dijo el viajero, apurando su asno con la esperanza de llegar en salvo a Jericó antes del anochecer. Pero no fué muy lejos.

De repente, de atrás de las peñas salió corriendo un grupo de hombres de aspecto salvaje, blandiendo palos y cuchillos y gritándole que se detuviera.

Espoleando su asno, el viajero hizo un esfuerzo desesperado por escapar, pero en vano. En un momento los ladrones le cayeron encima, cas-



"Despacio caminaron hasta la posada."

tigándolo con sus palos e hiriéndole con los cuchillos, hasta que cayó al suelo inconsciente.

Como lo vieron medio muerto, los ladrones le sacaron toda la ropa y, llevándose también todo lo que tenía algún valor y el asno, corrieron a ocultarse en las montañas.

Desnudo, herido y sangrando, el pobre hombre estuvo horas tirado en el camino. Cuando volvió en sí, sintió el horrible dolor de las heridas, pero estaba demasiado débil para pedir ayuda.

Después de un rato oyó pasos. ¡Al fin venía alguien! La persona se acercaba cada vez más, el viajero herido notó que era un sacerdote. ¡Cuán agradecido estaba! Seguramente el sacerdote lo socorrería.

Pero no. El malvado sacerdote miró desde el otro lado del camino al pobre hombre que sufría y después se apartó de él tan ligero como pudo, temiendo, probablemente, que los ladrones lo asaltarán también a él. ¡Qué ruindad!

Cuando se apagó el ruido de los pasos del sacerdote, el pobre herido perdió su última esperanza. Sentía que no le quedaba mucha vida.

Pero en ese momento le pareció sentir . . . ¿Eran pasos? Sí. Se iban acercando. Sin duda esa otra persona le ayudaría.

Era un levita, de los que se encargaban de las ceremonias en el templo de Jerusalén, y debería haber sido el primero en auxiliar a uno que es-

taba en necesidad. Llegó adonde estaba el pobre hombre herido y desnudo, lo miró, y ¿qué creéis que hizo? Tal como el sacerdote, dejó al viajero tendido en el suelo y se fué aprisa. ¿Por qué? Tal vez porque no le gustaba la tarea de vendarle las heridas al pobre hombre, o porque no quería perder tiempo en acompañarlo a su casa. Tal vez estuviese apurado. Pero, ¿no procedió mal ese levita? ¿Le habría gustado que lo dejaran desnudo y herido en medio del camino?

Nuevamente se perdió el ruido de los pasos, y volvió a desvanecerse la esperanza del herido. ¿No recibiría ayuda de nadie? Cada minuto le parecía una hora.

—¿Qué es eso?—se preguntó por tercera vez.
¡Tac-tac, tac-tac, tac-tac!

Alguien venía en un asno. ¿Se detendría?

Nuevamente revivió la esperanza en el corazón del pobre herido. Cuando el jinete estuvo al alcance de su vista reconoció en él a un enemigo, un samaritano, uno de aquellos a quienes odiaban los judíos. ¡Qué lástima! ¿No vendría entonces nadie a aliviarle su dolor?

Pero he aquí que el samaritano se detenía. Viendo al pobre hombre tendido en el camino, había saltado de su asno y venía hacia él. Al parecer, no se había dado cuenta de que el herido era un judío; sólo veía que necesitaba ayuda.

—¡Pobre hombre!—dijo el samaritano, mi-

rando al maltrecho viajero.—¿Puedo ayudarle en algo?

Abriendo una de las alforjas que tenía en su asno, el buen samaritano sacó unos pedazos de tela y ungüento y vendó las heridas del pobre hombre. Luego le dió algo a beber y lo envolvió en algunas ropas suyas. Ayudándole con todo cuidado a levantarse, porque las heridas lo habían dejado muy débil, el samaritano puso al hombre sobre su asno. Despacio caminaron hasta la posada que quedaba más o menos a mitad de camino entre Jerusalén y Jericó. El samaritano iba a pie, guiando el asno con una mano y sosteniendo al herido con la otra.

Cuando llegaron a la posada, el samaritano llamó al posadero y le contó lo que había sucedido. Luego arregló para que acostaran al hombre y lo cuidaran hasta que estuviese mejor. Como el enfermo había sido despojado de todo su dinero, el samaritano dijo al posadero que él pagaría toda la cuenta. Luego se despidió del hombre y se fué de nuevo por su camino. ¿No os parece que era un hombre bueno ese samaritano?

Pero lo mejor de todo fué que cuando ese samaritano hizo esa buena acción, no sabía que se iba a divulgar. Obró así porque creía que era justo, aun cuando se tratase de un enemigo. Pero el posadero no se guardó la historia para sí. La contó a otros, y llegó también a oídos de Jesús.

A Jesús le agradó tanto que la repitió a sus discípulos, diciéndoles que ésa era la manera en que él deseaba que trataran a sus enemigos.

Jesús desea que nosotros también recordemos la historia del buen samaritano, para que seamos bondadosos con los necesitados, y hagamos a otros lo que desearíamos que ellos nos hicieran a nosotros.

Jesús Vendrá Otra Vez

*El Hermoso Hogar que El Ha
Preparado para sus Hijos*

¡Os tengo que dar una grata noticia! Jesús va a venir otra vez, y pronto. ¡Qué gozo poder verle!

Hemos leído tanto en cuanto a él, y le hemos orado y rezado tan a menudo, que realmente ha de ser algo hermosísimo poder verle “cara a cara” como los niños y niñas de Palestina hace muchos años.

¿Cómo sabemos que va a venir?

Porque el mismo día que él se fué al cielo, mandó dos ángeles a sus discípulos con el mensaje:

—Este Jesús que ha ido al cielo, vendrá de la misma manera que le habéis visto ir.

Esta promesa bastaría, sin duda; pero no es la única vez que él prometió que volvería. Otra vez dijo a sus discípulos:

—En la casa de mi padre muchas moradas hay: de otra manera os lo hubiese dicho. Voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere, y os aparejare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.



"Este Jesús que ha ido al cielo, vendrá de la misma manera que le habéis visto ir."

¡Qué bueno es Jesús! Durante todo este tiempo que ha estado en el cielo, ha preparado hermosos hogares para los niños y niñas que le aman. Estos hogares están ya listos, y cuando la obra de Jesús termine y el evangelio haya sido predicado en todo el mundo, él volverá para buscar a sus hijos y llevarlos con él al cielo.

¿Os gustaría saber cómo van a ser esos hogares del cielo?

Serán tranquilos. No habrá niños barullentos en ellos. Hasta los animales serán tranquilos allí. “El lobo y el cordero serán apacentados juntos, y el león comerá paja como el buey. . . . No afligirán, ni harán mal en todo mi santo monte, dijo Jehová.” Isaías 65: 25.

Además habrá allí comida en abundancia. Nadie tendrá hambre jamás. Los pobres niños y niñas que nunca tuvieron suficiente de comer hallarán que Jesús tiene un almacén bien surtido de cosas buenas. “No tendrán más hambre, ni sed. . . . Porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará [alimentará].” Apocalipsis 7: 16, 17.

Estoy seguro de que Jesús va a proveer las mejores cosas para los niños que lleve a su hermoso hogar.

Todos serán felices allí. Siempre tendrán deseos de cantar. Los redimidos del Señor volverán, se nos dice, “con alegría y gozo perpetuo sobre sus

cabezas: . . . y huirá la tristeza y el gemido.” Isaías 35: 10.

Así que no habrá más tristeza allí. Nadie llorará en el cielo. No habrá niñas ni niños malos que castigar. Los que entren allí deberán haberle pedido antes a Jesús que los haga buenos.

El cielo será también el lugar de feliz encuentro de todos aquellos que han quedado separados por el sueño de la muerte. Hermanos y hermanas, madres y padres que han creído en Jesús estarán reunidos, para no separarse más. “Y limpiará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y la muerte no será más; y no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor.” Apocalipsis 21: 4.

¿No os parece que será un hogar hermosísimo? ¿No os dan ganas de llegar allí pronto?

Bueno, no falta mucho ya. Jesús volverá pronto para llevarnos allí si somos buenos y creemos en él. Tratemos de hacer cuanto podamos por estar listos para cuando él venga.

